



DOSSILIBROS
EASA

FBI



**Fel
Marty**

**12
CAMPANADAS=
1 MUERTO**



FBI



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© FEL MARTY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02911-0

Depósito legal: M. 10.741 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenteabrada (Madrid)

**12 CAMPANADAS=
1 MUERTO**

Fel Marty

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

¿Por qué extraño capricho le habían ordenado que hiciese aquello, precisamente al dar las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block?

A Henry Bell, un tanto supersticioso, la hora de la medianoche le infundía cierto respeto.

A cada instante consultaba su reloj de pulsera, el que le habían regalado como anticipo de otros regalos mejores.

Se sentía orgulloso de poder ostentar tan valiosa alhaja. En su vida había tenido un reloj semejante a aquél. Claro que tampoco había hecho nunca nada análogo a lo que se proponía llevar a cabo de allí a —consultó el reloj de nuevo para comprobar la hora— quince minutos.

Sintió un escalofrío por la espalda y apretó el paso.

Un hombre puede ser ladrón, estafador y otras muchas cosas por el estilo, pero de ahí a convertirse en asesino existe una notable diferencia. Y en eso sería en lo que se convertiría él cuando el reloj del gran Temple Block marcara el final de un día y el comienzo de otro.

Henry Bell pertenecía a esa especie de hombres que acusan a la fatalidad de todos los fallos de su vida.

Según él, podría haber sido un personaje importante en su ciudad natal. Washington, si la fatalidad no le hubiese jugado la mala pasada de torcer su destino.

Por aquel entonces, Henry Bell, estudiante de Medicina, era un buen chico, aunque con ciertas reprobables inclinaciones a apoderarse de lo ajeno.

La culpa de lo sucedido la tuvo lo abultado de la cartera de su compañero de estudios, el bobalicón de Styke. El bobalicón de Styke

disponía siempre de una buena cantidad de dólares para sus gastos personales, mientras él, Henry Bell, andaba normalmente lo que se dice a la cuarta pregunta, pasando unos apuros horribles de dinero.

Le fue imposible resistir la tentación, y en un descuido de Styke le echó mano a la atrayente cartera.

En ese momento entró en juego la fatalidad. Styke no estaba descuidado, ni era tan bobalicón como parecía a simple vista. Sorprendió a Bell mismamente cuando tenía los dedos en la cartera, y del puñetazo que le metió debajo de la barbilla lo mandó lo menos a diez o doce yardas de distancia.

Fue inútil que Henry Bell tratara de justificarse. A partir de la enérgica reacción del bobalicón de Styke, salieron a relucir ciertas pequeñas raterías que habían quedado hasta entonces en el más completo incógnito. Henry Bell, con razón o sin ella, cargó con las culpas.

Y allí empezó su mala fortuna. Al ser expulsado de la Universidad, se terminaron los estudios de Medicina, y una vez en la pendiente del delito, volvió a buscar carteras que no le pertenecían y otras menudencias por el estilo.

A Salt Lake City llegó huyendo de la Policía, y en Salt Lake City conoció al que le había propuesto el «negocio» que habría de realizar de allí a un cuarto de hora.

Y era lo que él decía. ¿Qué va a hacer un hombre más que robar, estafar y lo que venga a mano cuando tiene la suerte de espaldas y anda metido en un callejón sin salida, como él estaba?

De buena gana, se hubiese vuelto atrás. Mas ¿a dónde podría ir ahora? Era un hombre dominado por la fatalidad, truncado su destino.

Por otra parte, estaba la recompensa, el precio de su... crimen. Dos mil dólares, una cantidad de dinero nada despreciable.

Consultó de nuevo el reloj y comprobó que los minutos avanzaban más de prisa que él.

Si se descuidaba, llegaría tarde, y le habían ordenado: «Has de hacerlo precisamente cuando estén dando las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block».

Puede que tuviera que ser así para que no se oyese las detonaciones, aunque, después de todo, debería importarle poco los

motivos por los que tendría que disparar la pistola en tan señalado momento.

Casi se echó a correr. Andaba aún por la Sixth South Street, y el lugar a donde se dirigía se hallaba enclavado en las proximidades de la plaza de Washington.

Cinco minutos dan margen para poco, y ese tiempo era el que le faltaba para llegar a donde iba, antes de que sonaran las doce campanadas de la medianoche.

Ya no pensaba más que en que había que hacer aquello y en los dos mil dólares de la recompensa.

A punto de caerse en la resbaladiza acera, corriendo, torció la esquina y encaminó sus pasos por Second East Street.

A lo último, iba a llegar tarde, y a él, después de todo, le gustaba cumplir su palabra.

Un minuto exacto faltaba cuando avistó la casa y cuando, también, vio la luz de la ventana.

No le habían engañado. Le dijeron: «El estará en su despacho. A esas horas, suele estar siempre allí trabajando. El tuyo será un trabajo bien sencillo».

Tardó apenas unos segundos en situarse junto a la ventana y, arrimado a la pared, adelantó la cabeza. Miró para adentro.

El hombre al que se proponía eliminar del mundo de los vivos se encontraba dentro de la habitación.

No era que él le conociese. Sin embargo, no podía ser otro, por las señas que le habían dado. Corpulento, de unos sesenta años, la barba blanca, casi calvo...

En lo único que se habían equivocado era en lo de que estaría trabajando.

Parecía dormido, con la cabeza reclinada en el alto respaldo del sillón.

Henry Bell se dijo que de ese modo podría «trabajar» con mayores seguridades.

Lo que faltaba por hacer, antes de tener que apretar el disparador de la pistola, carecía de dificultades.

El abrir un agujero en un cristal, cuando se tiene la experiencia que él tenía de entrar en casas ajenas sin permiso de sus dueños, no es cosa del otro mundo.

Aplastó la ensalivada goma de mascar, que venía dando vueltas

en la boca desde un rato antes, contra la ventana, mientras, con la otra mano y ayudándose de un puntiagudo diamante, daba un pequeño corte circular al cristal en derredor de la goma de mascar.

Por último, tiró de ésta. Detrás de ella se vino el circulito de cristal, y lo dejó en el suelo con mucho cuidado.

Lo que te puso nervioso, bruscamente, fue la iniciación de las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block.

Empezaron a sonar lentas, espaciadas, saltando por encima de los tejados de las casas, enmudeciendo el siseo de los árboles, ahuyentando de los rincones el perezoso descanso del silencio.

Sonaban, una detrás de otra, con intervalos de mutismo entre sí.

Las contó mentalmente. Iba diciéndose: «Una..., dos..., tres..., cuatro».

Al llegar a la quinta recordó para qué había ido allí, para qué había hecho aquel agujero en el cristal y para qué se encontraba detrás de la ventana, mirando adentro de la habitación.

«Tienes que matar, Henry, se dijo. Lo quiere el Destino».

Las campanas del gran Temple Block de los mormones seguían señalando las horas.

Henry Bell contó todavía: «Seis..., siete...».

Luego, febrilmente, se llevó la mano al bolsillo y sacó la pistola. Tampoco el arma era suya. Se la dieron cuando el reloj que llevaba en la pulsera y con el puñado de dólares que guardaba en la cartera.

Se la dieron al advertirle: «Dispararás en el momento en que suenen las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block».

Y esas doce campanadas sonaban en aquel momento, una detrás de otra, graves, lentas, igual que si esperasen, seguras, la consumación del delito.

A Henry Bell la pistola le temblaba en la mano. Le temblaban las carnes.

No, no resultaba tan fácil matar como le aseguraron. Una cosa es meterle mano a uno en el bolsillo y sustraerle la cartera sin que se dé cuenta de ello, y otra es meter el cañón de una pistola por el agujero hecho en el cristal de una ventana y disparar contra un hombre dormido o despierto.

El de las barbas seguía durmiendo, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón e inmóvil.

Henry Bell contó de nuevo: «Nueve..., diez...». Había que

hacerlo de una vez.

Apuntó al viejo de las barbas y apretó el disparador. El último disparo coincidió con la última campanada.

Luego, el silencio nuevamente. Parecía como si faltase algo vital, algo imprescindible. Como si al enmudecer el reloj del gran Temple Block hubiese enmudecido bruscamente toda la ciudad.

Henry Bell sintió, muy dentro, ese silencio. Lo sintió gravitar sobre su cabeza, metido en las sienes, adentrándosele en el pecho en forma de un terror atroz, y abrió los ojos.

Puede que ni siquiera se hubiese dado cuenta de que cerró los ojos al disparar.

El hombre de las barbas, en la misma posición de antes, daba la sensación de haber adquirido una mayor rigidez en su inmovilidad.

Henry Bell se entretuvo poco en mirar para adentro. ¿Para qué habría de hacerlo?

Desde donde estaba no podía haber fallado los disparos. Recordaba haber apretado el disparador tres veces consecutivas, luego de apuntar al de las barbas a la cabeza...

Después de guardarse la pistola en el bolsillo, emprendió la huida.

Ahora temía que alguien hubiese oído los disparos, aunque el arma tenía silenciador.

Mientras corría calle adelante, se decía, estimulándose en la huida: «Date prisa, Henry, date prisa».

Iba convertido en un mar de sudor cuando llegó ante la puerta del «Canadian Club».

Allí le habían citado para hacerle entrega de los dos mil dólares, una vez hubiese terminado su trabajo.

Entró en el *cabaret*, pero antes se entretuvo unos segundos en colocarse bien la corbata, sacudirse el polvo de los pantalones y atusarse los pelos que, con la carrera, se le venían para la cara.

Dentro del *cabaret* reinaba un bullicio ensordecedor. Henry Bell sonrió complacido. Aquél era su ambiente.

Le gustaba el ritmo del mambo, la locura del cha-cha-cha y hasta se atrevía con el «*rock and roll*».

Se regodeaba imaginando la infinidad de cosas agradables que podría lograr con esos dos mil dólares. En el colmo de su optimismo, hasta inició unos pasos de baile, siguiendo el ritmo de la

música, mientras se dirigía al reservado en el que habría de esperar al que tenía que traerle el dinero.

El reservado en el que habría de esperar la llegada del tipo que le dio el encargo de eliminar del mundo de los vivos al de las barbas, era una especie de palco teatral por delante, por el lado que daba a la pista de baile, por amplias y gruesas cortinas de terciopelo rojo, y, por detrás, por una estrecha puerta defendida por un cerrojo.

Naturalmente, Henry Bell no corrió el cerrojo. El hombre, el del dinero, le había dicho: «Tú espérame allí. No sé exactamente a la hora que iré, pero descuida, que iré. Tendrás tus dos mil dólares».

Para Henry Bell aquello había sido una extraña aventura. Llevaba días vagando por la ciudad, sin un centavo en el bolsillo y con bastante hambre atrasada, cuando se tropezó con el tipo del chirlo en la mejilla derecha.

El tipo del chirlo en la mejilla parecía saber infinidad de cosas de su vida privada, aunque él no le había visto antes.

El del chirlo miraba esquinado y sonreía aún más esquinado.

Era un extraño ser, de antología. Alto, desgarrado, pelirrojo, de pupilas cenicientas y cejas tan pobladas que casi le tapaban los ojos.

Henry Bell, propenso a escalofríos, sintió como una corriente eléctrica por la columna vertebral cuando el del chirlo le tomó por un brazo y le propuso acompañarle.

Después, poco a poco, fue acostumbrándose a la fría mirada del extraño personaje, a su sonrisa torcida, a la gravedad de su voz y a las nerviosas sacudidas de los hombros con que acompañaba sus palabras.

La proposición de los dos mil dólares y el regalo previo del reloj de oro y el puñado de billetes, como anticipo, acabaron haciéndole olvidar la siniestra catadura de su nuevo amigo.

Después de todo, estaba acostumbrado a tratar con tipos como aquél y aún peores.

Por la entreabierta cortina del reservado, veía a la gente danzando por la pista.

A los negros de la orquesta, cinco grandullones de color del ébano, muy entusiasmados sacando a sus instrumentos una catarata de notas estridentes, inarmónicas, que enloquecían a las gentes.

Henry Bell, de buena gana, hubiese salido también a la pista a

demostrar sus innegables dotes de bailarín. Los pies se le «iban» con el endiablado ritmo del cha-cha-cha.

Lo que también se le iba era el alcohol de la copa, que llenaba a cada instante, trasegándolo al estómago.

Sin embargo, la impaciencia comenzó a apoderársele con el tiempo. Hacía ya más de dos horas que aguardaba la llegada de su amigo, el del chirlo.

¿No le habría engañado? Ni sabía cómo se llamaba ni dónde podría encontrarlo.

Lo ignoraba todo acerca de él. Puede que se hubiese confiado, excesivamente deslumbrado por el cebo de los dos mil dólares.

Pero el crimen estaba ya cometido, y no podía volverse atrás.

Volvió a llenar la copa y a beber. Ya no le atraía la música del cha-cha-cha ni las mujeres que bailaban por la pista. Un sordo rencor contra el del chirlo le reconcomía.

¡Qué idiota había sido al dejarse engañar tan estúpidamente por un desconocido!

Aunque aún no había concluido todo. Había matado, cierto, pero estaba libre, y tarde o temprano volvería a encontrar al del chirlo en su camino y entonces...

Bruscamente, suspendió sus reflexiones. Por fuera, por el pasillo que conducía a los reservados, se oían pasos.

El optimismo volvió a dominarle. Sin duda, el que venía hacia allí era el del chirlo, con los dos mil dólares. No se puede pensar mal de las gentes sin causa justificada. ¿No lo había dicho?: «Espérame en el “Canadian Club”, yo iré de todos modos».

Venía a cumplir su palabra, a traerle su dinero.

Se le encandilaban los ojillos cada vez que pensaba en los dos mil dólares.

Instintivamente, abandonó el asiento, con la copa en la mano, y escuchó atento.

Sí el que venía hacia allá era el del chirlo, no venía solo. Se escuchaban los pasos de más de una persona. Puede que de dos o tres.

Bell, desconfiado, dejó la copa sobre la mesa y aguardó expectante.

Acababan de pararse junto a la entrada del reservado. Oía cuchichear, y oía el cuchicheo de un par de voces, porque la

orquesta había cesado en su estruendo.

Luego vio cómo abrían la puerta y la cabeza del hombre que asomó al reservado.

No tenía chirlo alguno en la mejilla, ni sus pupilas eran grises, ni era pelirrojo.

Terminó de abrir la puerta y se plantó en medio del reservado de una zancada. Era tan alto como el del chirlo, aunque mejor proporcionado y más joven. No tenía la mirada esquinada ni la sonrisa torcida.

Mejor dicho, a Henry Bell le hubiese sido imposible definir la sonrisa del desconocido, porque lo que menos hacía era sonreír. Le miraba muy serio, inquisitivo, midiéndole de pies a cabeza.

Tampoco el otro sonreía, el que entró detrás del primero. Como éste, era un tipo alto, hercúleo, joven y de aspecto agradable.

El del chirlo no venía con ellos.

Henry Bell tragó saliva, les miró a su vez con sorpresa y preguntó, enfadado:

—¿Qué diablos buscan aquí?

Y el primero de los que acababan de entrar al reservado respondió, lacónico:

—A ti.

Henry Bell palideció, y no sólo por aquello de que venían en su busca, sino porque el segundo de los desconocidos le enseñaba algo, en la mano, que acababa de sacar del bolsillo.

La orquesta, en aquel momento, atacaba briosamente un estruendoso y endiablado «*rock and roll*».

CAPÍTULO II

En Salt Lake City la bella ciudad fundada por los mormones en las proximidades del Gran Lago Salado, con sus doscientos mil habitantes, no puede decirse que sea un lugar donde se suceda un crimen de cierta importancia a cada instante.

En Salt Lake City pasan días y hasta semanas sin que suceso alguno trascendente altere la placidez de la vida de la ciudad.

Salt Lake City viene a ser un remanso de calma en la vorágine de la vida de las ciudades de los Estados Unidos.

Cierto que, en sus calles, en sus casas, como en todo lugar habitado por el hombre, se alberga el odio, las pasiones y también el amor.

Después de todo, Salt Lake City es una ciudad como otra cualquiera, aunque más pequeñita que San Francisco, mucho menor que Chicago, minúscula ante New York.

Y el delito allí resulta menor también, como avergonzado de su propia insignificancia: robos sin importancia, alguna que otra bronca, el atropello de un hombre en la calzada...

Alan Montgomery bostezó, aburrido. Hacía un par de semanas que había llegado a Salt Lake City, destinado a su salida de la Academia de Quántico, y, la verdad, no había hecho nada de importancia desde entonces.

Solía pasar las horas de servicio arrellanado en el sillón y con los pies encima de la mesa, fumando un cigarrillo tras otro.

Steven Taylor, el otro agente especial, por su parte, estaba ya acostumbrado a aquello. No se lamentaba de la placidez de su vida profesional, aunque también sentía, en ocasiones, hervirle la sangre en las venas por la forzada inactividad a que parecían estar condenados.

Montgomery protestaba:

—¿Y para esto me he roto la cabeza estudiando?

Taylor sonreía, encogiéndose de hombros, y volvía a la lectura. El no se aburría, siempre tenía a mano un libro, y con ellos el medio de distraerse.

El reloj de la torre del gran Temple Block empezó a soltar la retahíla de las doce campanadas. Alan Montgomery consultó el suyo, de pulsera, y comentó:

—Voy bien. Son las doce.

Steven Taylor respondió con un indiferente encogimiento de hombros. Le daba lo mismo que fuesen las doce como cualquier otra hora. Hasta las nueve de la mañana, que vendría el relevo, no tenía prisa. Continuó sumido en la lectura.

En cambio, el otro agente especial, para distraer el ocio, fue contando las campanadas, una a una, mentalmente.

Le agradaba oírlas. Tenían una armoniosa sonoridad, sobre todo, en el silencio de la noche.

Después, volvió a hacerse el silencio. Alan Montgomery sacó otro cigarrillo y lo prendió despacio. El cenicero lo tenía a rebosar, y la ceniza manchaba la mesa.

Bostezó de nuevo y reclinó la cabeza en el respaldo del sillón.

Estaba a punto de dormirse, cuando sonó el timbre del teléfono. Volvió a su posición natural, a poner los pies en el suelo, y tomó el teléfono con aire de aburrimiento.

—¿Quién es? —dijo.

Luego, al oír lo que le decían, saltó en el asiento, desapareciendo súbitamente de su rostro el gesto de hastío que le caracterizaba.

Al cabo del rato, gritó:

—¿Y usted quién es?

Se separó el auricular del oído y estuvo mirándolo, como asombrado. Acabó poniéndolo en su sitio y gruñó:

—Debe ser una broma, ¿quién va a querer mal a ese hombre?

—¿De qué estás hablando?

Steven Taylor, el otro agente especial del FBI había dejado el libro que leía encima de la mesa y le miraba con cara de asombro.

Montgomery tardó en contestarle. No le cabía en la cabeza que nadie se hubiese atrevido a asesinar al anciano patriarca de los mormones, al viejo Sinclair Smith.

—Si es cierto, se va a armar una buena —comentó.

Taylor abandonó el asiento y se le acercó:

—Contesta de una vez, muchacho —pidió—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Qué te han dicho?

Montgomery levantó los ojos a él, aplastó el cigarrillo en el cenicero y respondió, evasivo:

—Tendremos que comprobarlo. No todos los días se reciben noticias semejantes. ¿Sabes lo que acaban de decirme? —Taylor negó con la cabeza—. ¡Pásmate! Que han asesinado a Sinclair Smith, el patriarca de los mormones.

Taylor miró el teléfono, luego a su compañero, tragó saliva con un cierto ruido sospechoso de que la noticia le había caído bastante mal, y tartamudeó, remedando a Montgomery:

—Pues si es eso verdad, se va a armar buena...

Sinclair Smith contaba con gran influencia entre los fieles de su secta, y los mormones pesaban, indudablemente, en la vida de Salt Lake City. El asesino del anciano podría dar motivo a alteraciones de orden público, a luchas religiosas, a nuevos crímenes.

Montgomery cogió el sombrero al vuelo y abandonó corriendo el despacho. Steven Taylor le siguió, pisándole los talones.

Por el camino, Montgomery le contó su conversación con el desconocido del teléfono.

Realmente, se limitó a decirle que, si iban por casa del patriarca Smith, en las proximidades del gran Temple Block, encontrarían muerto al anciano, contra el que habían disparado desde la ventana.

—¿No será una broma? —repitió Montgomery, dudoso aún de la veracidad de la información.

—Ahora lo veremos —gruñó Taylor.

En su fuero interno, deseaba que la cosa no fuese cierta. Si realmente habían asesinado al anciano, andarían todos de cabeza, y él, al contrario de Montgomery, era amigo de la tranquilidad y de la vida plácida.

Estaban llegando al gran Temple Block, de multitud de ventanas ojivales y torres agudas, como agujas clavadas en el cielo. Pronto sabría si era cierto que habían asesinado al anciano.

En casa del patriarca de los mormones se identificaron.

—Agentes especiales del Federal Bureau of Investigation —anunció Montgomery al hombre que salió a recibirles.

Era un tipo pequeño y regordete, de carrillos colorados y ojos de sueño. Sin duda, se había levantado de la cama al oír llamar en la puerta. Tenía el gesto de malhumor.

—¿El patriarca? —Gruñó, respondiendo a la pregunta de Taylor—. Está en su despacho trabajando, como siempre. Suele acostarse de madrugada y no recibe visitas a estas horas.

Los dos agentes especiales cambiaron una mirada de inteligencia entre sí. El asunto del asesinato de Sinclair Smith bien era una broma o bien lo ignoraban los que vivían con él.

Montgomery se encogió de hombros y afirmó:

—A nosotros sí nos recibirá. Anúncienos.

Dudó el pequeño y regordete en obedecerle, pero al final y en vista de que los intempestivos visitantes no se movían de los asientos, decidió ir a cumplir el encargo.

Montgomery pasó la espera fumando un cigarrillo. Taylor, tamborileando, nervioso, en el brazo del sillón con los dedos.

Transcurrieron unos minutos sin que regresara el pequeño y regordete.

Cuando lo hizo, volvía agitado, tembloroso, indudablemente inquieto.

—No contesta —dijo—. Por más que he llamado a la puerta, no responde. No sé qué puede ocurrirle...

Ni Taylor ni Montgomery se detuvieron a escuchar sus lamentaciones. Si el patriarca mormón no respondía a las llamadas del criado, o lo que fuese el pequeñajo y regordete, sería porque no podía hacerlo.

Salieron corriendo de la habitación y fueron hacia donde habían visto ir antes al pequeño y regordete. Éste les siguió, trotando.

—Aquí es —anunció, señalando a la recia y tallada puerta de nogal que cerraba el paso al despacho del patriarca de los mormones.

Taylor y Montgomery detuvieron la carrera.

—Está cerrada por dentro —advirtió el pequeño y regordete.

Taylor trató de mirar por el ojo de la cerradura, agachándose. Volvió a incorporarse, y dijo:

—La llave está puesta por dentro. Tendremos que saltar la cerradura.

—No, espera. —Montgomery le sujetó cuando se disponía a

dejarse caer con todo su peso sobre la puerta—. El..., el hombre ese me dijo que la cosa la habían hecho por la ventana. Miraremos por allí.

Les observaba el gordo y pequeñajo entre curioso y alarmado. ¿Qué querían decir conque la cosa la habían hecho por la ventana?

Como antes, trotó detrás de los agentes especiales, a la calle. Ninguno de los dos tuvo que preguntar cuál era la ventana del despacho de Sinclair Smith.

Era la única de la casa, iluminada.

Iba a adelantarse el pequeñajo y regordete, cuando le detuvo Montgomery.

—Quieto —gritó—. Quédese ahí.

Acababa de ver el agujero en el cristal, el agujero por el que Henry Bell introdujo el cañón de la pistola y disparó contra el anciano.

Taylor y Montgomery avanzaron despacio, presintiendo lo sucedido.

El pequeñajo y regordete quedó a retaguardia. Luego, avanzó detrás de ellos, movido por la curiosidad. Al ver a Sinclair Smith inmóvil en el asiento, con la cabeza reclinada en el respaldo del sillón y la blanca barba sucia de sangre, soltó un grito histérico que repercutió en el silencio de la noche como un alarido de animal irracional.

—Cállese —le intimó Taylor, sacudiéndole violentamente por los hombros—. Aún ignoramos exactamente lo sucedido. Puede estar solo herido.

Se calló el regordete y pequeñajo mientras Montgomery recogía con el pañuelo el disco de cristal que Henry cortó de la ventana.

—Mira, Taylor —llamó—. Un trabajo bien hecho. Sin duda el asesino es un tipo de cuidado. Conoce bien la forma de abrir un agujero en un cristal sin hacer ruido, indudablemente, tendrá antecedentes en los ficheros.

Claro que ahora eso no importaba grandemente. Lo primordial y urgente era entrar al despacho, y al despacho no podrían entrar más que de dos formas: saltando la cerradura de la puerta o rompiendo los cristales de la ventana.

Taylor optó por lo primero. Decidió:

—Echaremos abajo la puerta.

Sin embargo, no llevó a cabo su propósito. Cuando emprendía la marcha para el interior de la casa, Montgomery le detuvo:

—Espera —dijo—. Creo que podremos entrar sin saltar la cerradura ni romper los cristales. Búsqueme un alambre largo y fuerte —se volvió al pequeñajo y regordete—. Ande, dese prisa.

Al pequeñajo y regordete todo se le volvía suspirar y mirar al despacho, por la ventana. De buena gana hubiese continuado con los gritos hasta poner en conmoción a toda la ciudad, de no habérselo impedido el agente especial.

Trotó a cumplir el encargo, y volvió a poco con un rollo de alambre.

—Ahí tiene —dijo—. ¿Le valdrá?

Montgomery no contestó. Le arrebató el alambre de las manos e hizo con él una especie de larga horquilla, que introdujo por el agujero del cristal. Se proponía enganchar el tirador de la ventana y abrirla. Anduvo hurgando con el alambre ante la expectante mirada de Taylor, y los suspiros, cada vez más ruidosos, del pequeñajo y regordete.

La tarea no resultaba fácil. Resbalaba el alambre en la falleba. Al fin consiguió enganchar el tirador, y, de un tirón, abrió la ventana.

De un salto se encaramó en el alféizar, y de otro salto se encontró en el interior del despacho.

Detrás de él fue Taylor.

Al pequeñajo y regordete le costó más encaramarse a la ventana. Le estorbaba la barriga.

Cayó rodando, dentro del despacho, por la alfombra. Y al ponerse en pie, vio a Sinclair Smith, a pocos pasos de él, inmóvil, con la cabeza reclinada en el respaldo del sillón y los ojos muy abiertos.

Lo que más le asustó fue el agujero que tenía en la frente.

Al pequeñajo y regordete, tuvieron que taparle la boca para que no siguiera gritando.

Pero ya había gritado bastante como para poner en movimiento a toda la casa.

Taylor y Montgomery oyeron voces, ruidos de pasos, rumor de conversaciones por fuera del despacho.

Ordenó el primero:

—Abre la puerta y explícales lo ocurrido, pero que no entre

nadie.

El pequeñajo y regordete miraba con cara de susto al cadáver del patriarca de los mormones.

Las barbas del anciano tenían, por zonas, el sucio color de la sangre seca.

Montgomery hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. Fuera, al otro lado, en el pasillo, un par de hombres y una mujer le miraban interrogantes.

—¿Quién es usted y qué hace ahí? —preguntó uno de los hombres, un tipo alto, desgarrado y flaco, vestido con un pantalón de calle y la chaqueta a rayas de un pijama, por los hombros.

El agente especial no contestó. Estaba examinando a la mujer, algo realmente portentoso.

La mujer también le observaba a él, pero no porque él fuese algo portentoso, sino extrañada de verle salir del despacho del patriarca, y alarmada de los gritos que le habían hecho saltar de la cama.

—¿Quién es usted? —insistió en la pregunta el de la chaqueta del pijama.

Montgomery, bastante afortunado con las mujeres, estaba diciéndose que aquélla que tenía ante sus ojos sobrepasaba con mucho, en belleza y en otras cosas a cuantas había tenido la dicha de conocer, mejor o peor, hasta entonces.

Que la chica aquélla era un delicioso bombón, con un cuerpo exquisitamente modelado, quedaba fuera de dudas, y que le gustaba extraordinariamente, tampoco admitía discusión.

Tenía unos ojos maravillosos, una boca maravillosa, un cuello maravilloso, un cuerpo...

Bueno, en lo que Montgomery más se paró en mirar fue su cuerpo, alto, espigado, modelándose, incitante, por debajo de la ajustada bata de seda, tenía unas líneas que hubiese hecho la delicia del más exigente artista.

Alan Montgomery, aunque ignoraba sus sentimientos artísticos, quedó ensimismado ante semejante aparición.

¡Qué importaba el viejo de las barbas con el sucio y feo agujero en la frente! El tipo regordete y pequeñajo, que andaba berreando por dentro del despacho como un loco. El individuo aquel larguirucho y desgarrado, el otro tuerto...

Era ella, ella, deliciosamente asustada, atrayentemente

emocionada.

—¡Déjenos pasar!

El vozarrón, imperativo, del larguirucho y desgarrado, sacó al agente especial de su abstracción, y más aún el empujón con que pretendió quitarle de la puerta.

—No se puede pasar —respondió Montgomery, con otro empujón, que lanzó el larguirucho contra la pared.

—¿Y usted quién es para impedirnoslo? —graznó el tuerto, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía.

El larguirucho y desgarrado trató de volver a las andadas, pero antes de llegar a la altura del agente especial, se quedó parado en seco al ver que Montgomery le enseñaba la insignia de su cargo.

—¡Del FBI! —exclamó la muchacha—. ¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

No se anduvo con explicaciones el agente especial. Además, no tuvo tiempo de hacerlo. Cuando se disponía a ponerles en antecedentes de lo sucedido, el regordete y pequeñajo salió del despacho con los pelos alborotados, la mano en el cuello, tirándose de la camisa, y una lamentación en su boca:

—¡Le han matado! ¡Le han matado!

Los que andaban por fuera se figuraron lo sucedido. El larguirucho y desgarrado frunció las cejas, en un fiero ademán, y graznó:

—¿Quién ha sido? ¿El? —señalaba al agente especial.

—Déjese de estupideces y lárguese de aquí. —Montgomery empujaba de nuevo al larguirucho y desgarrado, que pretendía entrar al despacho del anciano.

Steven Taylor, que andaba figgoneando por allí, luego de cerciorarse de que el patriarca de los mormones estaba bien muerto, de que el balazo de la frente había sido más que suficiente para dejarlo sin vida, llamó, por teléfono, al forense y al fiscal.

Quien primero acudió fue el forense, el doctor Benson. Un vistazo le bastó para dar su diagnóstico:

Buena puntería —dijo—. De un balazo como ése no se salva nadie.

En ésas estaban cuando sonó el timbre del teléfono. Steven, Taylor dio un salto, al oírlo, y se dijo, extrañado: «¿Quién podrá llamar al viejo Sinclair Smith a estas horas?».

Corrió a la mesa, y cogió el teléfono. El anciano patriarca parecía mirarle expectante.

Repiqueteaba el timbre insistente, Taylor se arrimó el auricular al oído, y preguntó:

—¿Quién es?

Al otro lado, una voz pastosa, una voz que pasaba, sin duda, a través del tamiz de un pañuelo sobre el micrófono, respondió, a su vez, con otra pregunta:

—¿Hablo con los agentes especiales del FBI?

¿Quién diablos había dicho al tipo aquél que estaban ellos allí?

—Y usted, ¿quién es? —preguntó Taylor.

—Eso no le importa, amigo —seguidamente, agregó—: Habrán visto que llevaba razón, al avisarles antes. ¿No es cierto que han encontrado al patriarca Sinclair Smith muerto a balazos?

Sudaba el agente especial. Hubiese dado cualquier cosa por saber quién era el tipo aquel que estaba al tanto de lo ocurrido en casa del patriarca de los mormones.

Gritó:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—¡Bah! No debe preocuparse cómo me he enterado del asesinato del patriarca. Incluso sé algo más que ustedes ignoran...

Hizo una pausa, que Taylor aprovechó para mirar hacia la puerta. Montgomery, vuelto hacia él y conteniendo a los otros, que querían entrar, preguntaba:

—¿Quién es, Taylor?

Éste respondió con un elocuente encogimiento de hombros, y volvió a prestar atención a su desconocido comunicante, que seguía explicándose:

—¿Y si les dijera que conozco al asesino y que sé dónde pueden encontrarle?

Steven Taylor se atragantaba con la saliva. No sabía qué decir. Los acontecimientos se sucedían demasiado de prisa. Primeramente, alguien les avisaba que habían asesinado al patriarca de los mormones, y ahora...

—Si quieren atraparlo, le encontrarán en el «Canadian Club».

Dio otro respingo y otro salto. Si era cierto lo que decían, la cosa iba poniéndose sumamente fácil para ellos.

—¿Y cómo sabremos quién es? —preguntó.

Otra risita del desconocido comunicante y la respuesta categórica:

—El asesino es un tal Henry Bell, un tipo delgaducho, moreno y bigotudo, que hace poco ha llegado a Salt Lake City huyendo de Washington, por ciertas diferencias con la Policía. Estará en uno de los reservados, en el de la izquierda...

—Oiga —gritó el agente especial.

Gritó inútilmente. Habían colgado ya, y de nada le sirvió golpear la horquilla del teléfono repetidamente. Lo colgó con una maldición entre dientes.

—¿Quién llamaba? —insistió Montgomery.

Como, acuciado por la curiosidad, se había retirado de la puerta, el larguirucho y flaco, el pequeñajo y regordete, el tuerto y la chica de las formas espléndidas, aprovecharon para irrumpir en el despacho.

Los cuatro a una lanzaron un grito de espanto al ver al muerto. La chica pareció como si fuera a desmayarse, pero no se desmayó. Al tuerto le bailaba alarmanamente el único ojo sano, dándole vueltas en la cuenca.

El larguirucho y flaco levantaba los brazos y miraba al techo.

El pequeñajo y regordete, sin cesar de pasarse las manos por el cuello, berreaba, como si los demás fuesen ciegos:

—¡Le han matado, le han matado!

Tronó Montgomery:

—¡Salgan inmediatamente de aquí, y que no se les ocurra tocar nada!

Los sacó a empujones del despacho, A la única que no sacó a empujones fue a la chica. La llevó suavemente hasta la puerta, y dijo:

—Perdone, señorita, pero tendrán que esperar fuera. Ya les avisaremos.

Cerró la puerta y volvió junto a su compañero. El forense, abstraído en la observación del cadáver, ni se había dado cuenta de la llamada telefónica.

Montgomery pidió a Taylor:

—Vamos, dime de una vez, ¿quién ha llamado?

Steven Taylor le explicó en pocas palabras la conversación telefónica mantenida con el desconocido.

Cuando concluyó de hablar, Montgomery suspiró, decepcionado:

—Así, pues, todo acabará en seguida —comentó—. Sin duda, el tipo ese que nos ha avisado es alguien que no quiere tener cuentas con el FBI, alguien que prefiere continuar en el anónimo.

—Sí, claro —replicó Taylor, evasivo—. Anda, vamos en busca del asesino.

Se despidieron del forense. Al transponer el umbral del despacho, tropezaron con el fiscal. Montgomery le anunció:

—Vamos en busca del asesino. Sabemos dónde se encuentra.

Rabiaba por llevar a cabo un servicio que mereciese la pena. Soñaba con el destino a New York o a Chicago. ¡Allí sí que se presentaban servicios de importancia a cada paso! Salt Lake City era una ciudad que le venía estrecha.

Casi arrolló al larguirucho y al flaco al salir.

El tuerto les abrió la puerta de la calle.

Montgomery iba delante. Taylor detrás.

Salt Lake City, a aquellas horas, era una ciudad dormida, tranquila, silenciosa.

—Al «Canadian Club» —ordenó Taylor al conductor del taxi que habría de conducirles al *cabaret*.

Ninguno de los agentes especiales tenía aspecto de ser gente divertida. Más bien parecían preocupados. Además, ¡qué prisas llevaban por llegar al *cabaret*!

El conductor puso en marcha el automóvil, en tanto que Montgomery le atosigaba:

—No se duerma, amigo.

Y no se durmió. Las luces, rojas y azules, del «Canadian Club», pronto se distinguieron en la distancia. En unos segundos estuvieron a la puerta del *cabaret*.

Taylor tiró unos dólares sobre el asiento del conductor, y éste vio salir a los dos hombres como disparados de su automóvil.

—¡Qué prisas tienen por divertirse! —comentó, guiñando un ojo.

Ya no comentó más. Los agentes especiales estaban dentro del *cabaret*.

La lenta melodía de un *show* les acogió, y la densa atmósfera de las respiraciones, y el olor a alcohol, y las risas, y las voces.

Habían ido en busca de un asesino, y éste según sus noticias, debía encontrarse en el reservado de la izquierda.

—Allí —anunció Montgomery.

A la entrada del reservado, se detuvieron. Cambiaron unas cuantas palabras respecto a lo que les convendría hacer si, como se figuraban, estaba dentro el asesino, y empujaron la puerta.

En aquel momento la orquesta atacó un «*rock and roll*», con horrísono estruendo de batería y alaridos de trompetas...

CAPÍTULO III

—¿El FBI? —exclamó Henry Bell.

—Sí, del FBI. —Taylor recalcó bien las tres letras—. ¿Te extraña?

—No, no, claro, pero no sé a qué viene...

A Henry Bell le olía muy mal la inesperada visita de los agentes especiales, y más aún el que fuesen en busca suya. De todos modos, tendrían que explicarle los motivos. Posiblemente, le buscaban por aquello que le obligó a salir huyendo de Washington.

—¿Es que no lo sabes? —preguntó Montgomery, con acento de burla.

Ciertamente, el aspecto de Henry Bell movía a risa. Escurrido de carnes, pálido, los ojillos lagrimeantes, sin saber qué hacer con las manos, cayéndole las guías de los mostachos para la barbilla.

—No lo sé —tartamudeó, para mentir a continuación—: Soy un ciudadano honrado.

A oír lo de «ciudadano honrado», los agentes especiales soltaron la carcajada.

—Y al patriarca de los mormones, ¿quién le ha asesinado?

La pregunta de Taylor le desconcertó. ¿Conque el de las barbas era el patriarca de los mormones?

—Tenemos la certeza de que has sido tú —aseguró Montgomery—. Alguien nos ha advertido de ello, por teléfono.

Bell, apoyado en la mesa, les miró, desconcertado, y la ira, un rencor amargo le subió a la garganta quemándole el pecho.

Si alguien había avisado a los del FBI, como aseguraban, y parecía ser cierto, tenía que haber sido el del chirlo, porque él a nadie había dicho lo que se proponía llevar a cabo, y menos aún dónde habría de encontrarse con el del chirlo.

—¡Le mataré! —exclamó, de pronto, expresando sus ideas en

voz alta.

—¿A quién te propones matar ahora? —volvió a burlarse Montgomery—. ¿No crees que te va a ser difícil hacerlo después de que te hayan dejado sin resuello en la cámara de gas?

Henry Bell no contestó. Se llenó de licor una copa y se la bebió de un trago. Seguía sintiendo la quemazón del rencor abrasándole el pecho.

—A él —respondió luego—. Al del chirlo.

—¡Hombre! —comentó Taylor—. Parece que tienes cómplices en este asunto. ¿Quién es el del chirlo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no quieres decírnoslo?

Negó Bell con la cabeza, para contestar a continuación:

—Si lo supiera, se lo diría. Yo nunca hubiese matado a nadie, a no haber sido porque él me ofreció dos mil dólares. Tenía que hacerlo precisamente cuando sonaran las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block.

Intervino nuevamente Taylor, reconviniéndole:

—Y por dos mil dólares has matado a un hombre...

Bell estaba rojo de furor. Agitaba los brazos en el aire, moviendo la cabeza. La ira y el rencor se le escapaban por los ojos.

—¿Por dos mil dólares? —Gruñó—. El muy cerdo ni me los dio siquiera. Dijo que me los traería aquí.

Los agentes especiales cambiaron una mirada entre sí. Montgomery decidió:

—Dinos cómo es ese hombre. Porque supongo que tendrás interés en que le atrapemos. ¿No es cierto?

—¿Que si tenía interés en que le atraparan? Asintió con la cabeza, y dijo:

—Es un tipo extraño. Pelirrojo, larguirucho, flaco. Tiene una cicatriz en la mejilla derecha, y las cejas muy pobladas.

—¿Y nada más?

—Sí, hay algo más. Debe padecer de los nervios. Casi siempre está moviendo los hombros: pero no se preocupen, que lo encontraré yo antes que ustedes. Ya les avisaré dónde pueden ir a buscar su cadáver...

La reacción de Henry Bell fue tan brusca e inesperada, que desconcertó a los agentes especiales momentáneamente.

Ninguno de los dos se figuraba que el asesino pudiera saltar del reservado a la pista, y menos aún con agilidad tan sorprendente.

El tipo barrigón que bailaba con la morena de las formas rotundas tampoco esperaba lo que le vino encima.

Henry Bell fue a caerle precisamente encima de los hombros, y el pobre barrigón aterrizó sobre la pista en la ridícula posición de una rana aplastada.

Aún no se había repuesto del susto, cuando otro par de hombres surgió por entre las cortinas del reservado.

Ese par de hombres, al saltar a la pista, decían no sé qué de que detuviesen al que había ido a caer encima de los hombros del barrigón. Y lo decían a gritos.

Claro que entre la confusión que se había armado, los chillidos de las chicas, el estruendo de la orquesta, las carreritas de las gentes, y que el que huía llevaba una pistola en la mano, nadie se entendía.

Más que ayudar a los agentes especiales a detener al asesino, lo que hacían era estorbarles.

El tipo de los bigotes que corría con la pistola en la mano, y los que le iban a los alcances, ocupaban toda la atención de las gentes.

Henry Bell saltaba por encima de sillas y de mesas, mientras gritaba, amenazador:

—¡Dejadme pasar, dejadme pasar!

No hubiese hecho falta que lo dijera. La pistola que llevaba en la mano infundía indudable respeto a las gentes. Nadie trató de interceptarle el paso.

Montgomery y Taylor hubieran podido disparar contra él, pero no lo hicieron. Temían herir a cualquiera de los que andaban por allí.

Así fue cómo Henry Bell se encontró en la calle y libre.

El portero, un negro grandullón embutido en una ostentosa librea roja, fue el último que se apartó a su paso, y lo hizo porque le apuntaba con la pistola para que le dejase salir.

Al conductor del primer taxi que encontró, Bell, arrimándole el cañón de la pistola al cogote, le ordenó:

—Arranca a toda marcha.

Cualquiera que sienta un razonable afecto por su pellejo, hubiese hecho exactamente lo que hizo el conductor del coche de

alquiler: poner en marcha el automóvil y pisar a fondo el acelerador.

A su espalda, en el asiento trasero, llevaba al de los bigotes amenazándole con la pistola.

—Más deprisa —le espoleó Bell.

—Nos romperemos la cabeza —respondió el conductor.

—Bueno da lo mismo.

A él no le daba lo mismo. Era padre de familia, tenía cinco hijos y otro en camino, y, además, un acendrado cariño a la vida.

Así y todo, aceleró aún más la marcha.

Afortunadamente, era un artista del volante. Tomaba las curvas con perfección asombrosa y sorteaba a los coches que se le ponían en el camino con sorprendente limpieza.

Afortunadamente también, a semejantes horas, el tráfico rodado en Salt Lake City era escaso. Cosa que les libró de romperse la cabeza más de una vez.

Lo único, que, corriendo por sus calles a tal velocidad, acabaron por llamar la atención de la Policía.

Y al coche que les iba a los alcances, en el que viajaban los agentes especiales del FBI, se unieron un par de motoristas y otro coche de la Policía, que alteraron el silencio de la ciudad con el alarmante alarido de sus sirenas.

Era una persecución implacable, un volver las esquinas a velocidad suicida, un correr y correr sin rumbo fijo y sin una meta definida.

Henry Bell volvía la cabeza y miraba por la ventanilla trasera del coche.

Por más que corrían, no conseguían quitarse de encima a sus perseguidores.

—¡Más deprisa, más deprisa! —gritaba.

El conductor movía la cabeza tristemente. Imposible correr más. Habían llegado al máximo de velocidad que podían sacarle al automóvil.

Tenía que llevar los cinco sentidos puestos en el volante. Si coche, carro, o lo que fuese, se les interponía en el camino...

Habían llegado a las inmediaciones de la línea del ferrocarril de Idaho a Arizona.

Iban lanzados por la calle Cuarta del Sur, a una velocidad

endiablada, seguidos por los perros ladrones de las sirenas.

A Henry Bell se le salían los ojos de la cara, mirando para atrás.

El coche en el que iban los agentes especiales del FBI era el que tenía más cerca. Unos minutos más y le darían alcance. Y si le daban alcance, no habría quien le salvase de la cámara de gas.

—Animal, ¿por qué te detienes? —apostrofó, de pronto, al conductor.

En efecto, el conductor del vehículo había aminorado la velocidad, mientras el otro, el que venía detrás, se les echaba encima.

—El tren —graznó el conductor.

Henry Bell miró para adelante.

A lo lejos se oía el trepidar de un tren a gran velocidad, y se veía como un ojo luminoso en la distancia.

Estaban llegando a un paso a nivel. La barrera empezaba a bajar lentamente.

Henry Bell no se paró demasiado a pensar lo que convenía hacer. Echó el cuerpo para adelante, puso el cañón de la pistola en el codo del conductor, y ordenó, autoritario:

—Vuelve a pisar el acelerador.

Era una locura, algo así como lanzarse decididamente a la muerte, aunque también podría ser su salvación.

Los que se encuentran en una situación como la suya no pueden andarse con miramientos.

También debió comprenderlo así el conductor. Si se negaba a pisar el acelerador, lo más fácil sería que le metiesen una buena ración de plomo en la cabeza.

Pisó el acelerador.

El guarda-agujas, al verles lanzarse de aquel modo a cruzar las vías, suspendió, momentáneamente, la tarea de bajar la barrera, y salió de su garita dando gritos, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Están locos! —decía—. ¿Adónde van?

El tren, largo, trepidante, estaba ya a pocos pasos de allí. El ojo brillante de su faro iluminaba las vías.

El coche en que viajaba Henry Bell, el asesino, pasaba en aquel momento por debajo de la barrera.

Más atrás, el alarido de las sirenas era un canto lúgubre, una llamada angustiosa, un grito penetrante en el silencio de la noche.

La trepidación del tren se transmitía a las vías.

Henry Bell miró para su derecha. El monstruo de acero de la locomotora se les venía encima, mirándoles fijamente con el ojo luminoso de su faro.

Sintió un escalofrío corriéndole por la espalda.

El conductor no miraba a la locomotora, miraba hacia adelante, con los ojos fijos en la negrura del camino abierto delante de ellos, camino de salvación. Y pisó a fondo el acelerador.

Lo pisó con rabia, con desesperación, asido con todas sus fuerzas al volante, apretando los dientes.

Lo que sí vio fue la potente luz del foco de la locomotora, envolviéndoles, dibujando siluetas en la negrura de la noche.

Y presintió la tragedia.

Luego, ya no vio ni presintió nada más. El coche, impulsado violentamente por el encontronazo con el tren, se levantó bruscamente del suelo y rodó, dando tumbos, por la pendiente del otro lado de la vía.

El tren, de un brusco frenazo, se detuvo en medio del paso a nivel.

Hubo un ruidoso entrechocar de hierros, gritos de angustia, preguntas a voces queriendo saber qué había pasado.

Luego aparecieron hombres con farolillos en la mano, que iban a investigar el resultado del encontronazo del tren con el automóvil.

Alan Montgomery y Steven Taylor, los agentes especiales del FBI hubieron de detenerse junto a la barrera.

Claro que en la vía no estaba el automóvil, sino el tren, que había ido a pararse mismamente donde les impedía el paso.

El coche donde viajaban los agentes especiales era uno que encontraron al salir del «Canadian Club» persiguiendo a Henry Bell. Uno que su dueño no había tenido la precaución de cerrar las portezuelas y quitarle la llave del encendido.

Tanto Montgomery como Taylor sabían que eso no se podía hacer, pero lo hicieron. El dueño del coche andaría loco buscándolo.

Claro que eso les importaba poco ahora. Lo primordial y urgente era averiguar si el tal Henry Bell, el bigotudo asesino, había quedado con vida, o el encontronazo con el tren había truncado para siempre su carrera de delitos.

Lo que hicieron fue saltar del automóvil, sustraído a la puerta del «Canadian Club», y correr al tren.

Luego de sortear este obstáculo, volvieron a saltar a la vía y corrieron al lugar por donde había caído el automóvil con Henry Bell y el conductor.

Allí estaba, en lo hondo. Unos hombres bajaban la pendiente con los farolillos en la mano.

Otros bajaban también, sin farolillos.

Seguían los gritos, las preguntas. Por las ventanillas del tren, caras asustadas.

Los agentes especiales se abrieron paso entre los curiosos. En el suelo, el conductor del coche se quejaba a gritos. El batacazo había sido morrocotudo, pero aún podía gritar, lo que venía a demostrar que, al menos de momento, su mujer no había quedado viuda ni sus hijos huérfanos.

Montgomery y Taylor se detuvieron poco a examinarle. En realidad, no debía estar seriamente herido. Si lo hubiese estado, no habría podido gritar tanto y tan fuerte.

Había tenido suerte. Si llega a cogerles el tren en medio de la vía, les hubiese destrozado. En cambio, lo que hizo fue despedirles violentamente golpeando el automóvil por su parte trasera.

Montgomery preguntó, luego de mirar en el interior del automóvil y ver que no había nadie más allí:

—¿Dónde está el otro?

Los que habían llegado primero al lugar del accidente y habían sacado del coche al conductor le miraron con cara de asombro, y preguntaron:

—¿Al otro? ¿Qué otro?

Metió baza Taylor:

—El asesino.

Como si les hablasen en chino. La verdad era que no les entendían.

—Cuando llegamos aquí —declaró un caballero con cara de perdiz— no había en el coche más que ese pobre hombre.

El pobre hombre, el conductor, seguía con sus lamentaciones. Montgomery se arrodilló junto a él y le preguntó:

—Escuche, amigo, ¿me entiende?

Calló un instante, el conductor le miró con gesto de moribundo,

y respondió, con una triste voz cavernosa, de ultratumba:

—Sí, le entiendo.

—¿Dónde está el asesino, el hombre que traía usted en el coche?

—¿Asesino? —el conductor se incorporó trabajosamente sobre un codo—. ¡Ya decía yo que algo malo debía haber hecho cuando quería escapar de cualquier modo! —hizo una pausa, para soltar un sonoro quejido y agregó—: No sé dónde puede haber ido. ¿No está ahí?

Montgomery, mirando en el automóvil, vio algo que podría ser interesante: la pistola de Henry Bell. Sin duda, se le había caído de la mano en la colisión con el tren.

Se la echó al bolsillo y dejó de mirar en el automóvil.

Una cosa era cierta: que Henry Bell, ileso o herido, había conseguido escapar.

Había que buscarle. Llamó a Taylor y dieron de lado al conductor del automóvil y a los curiosos que andaban por allí.

Henry Bell no podía haber ido lejos.

Los viajeros del tren seguían mirando por las ventanillas. Algunos hombres cargaron con el conductor del automóvil y emprendieron la ascensión, con él, cuesta arriba.

Montgomery, ordenó a los policías que habían estado persiguiéndoles hasta entonces, luego que se identificaron como agentes especiales del FBI:

—Hay que buscar a ese hombre. Es un tipo de pocas carnes, de poca estatura y con unos bigotes bastante frondosos. Se llama Henry Bell y ha cometido un asesinato.

Lo malo, que la búsqueda no iba a resultar fácil. Era una noche tan oscura que había que andar con cuidado para no romperse las narices por aquellos andurriales.

Sacaron las linternas eléctricas, las encendieron e iluminaron la desolada y seca planicie que se extendía ante ellos.

En todo lo que alcanzaba el foco de luz, no se veía un alma.

Otros focos de luz, linternas eléctricas, surgieron, a derecha e izquierda, por delante y por detrás de ellos. Eran los policías que se habían agregado a la búsqueda del asesino.

Y en lo alto, vía adelante, el tren reemprendió la marcha.

Cuando se perdió en la lejanía, la oscuridad se hizo más densa.

Vistos desde lejos, los policías y los agentes especiales semejaban

extrañas e inquietas luciérnagas errantes...

CAPÍTULO IV

Sabía que aquello habría de llegar. Había tenido suerte de escapar con vida del accidente. Vio cómo se les echaba encima el tren y creyó que aquél era el último instante de su vida.

Se equivocó, porque el tren no hizo más que empujarles apenas, lanzándoles al fondo del pequeño barranco o declive que bordeaba la vía.

Bajaron dando tumbos, hasta que llegaron a lo hondo.

Puede que tuviese algún hueso roto. Le dolía la espalda, pero era lo menos que podía haberle ocurrido.

Henry Bell recordó que era un fugitivo de la Justicia, un asesino al que perseguían los agentes especiales del FBI, y que si no procuraba quitarse de en medio lo antes posible, acabarían atrapándole y mandándole a la cámara de gas.

Ello le indujo a saltar del automóvil con muchas prisas, pese al dolor de la espalda, y a escapar corriendo de allí, antes de que apareciesen sus perseguidores.

El tren acababa de pararse y las gentes saltaban a las vías.

Bell echó a correr siguiendo la dirección de las vías del ferrocarril, por el fondo del barranco, sin saber a dónde dirigirse.

Lo importante era alejarse lo más posible de aquellos lugares.

Volvió la cabeza y miró para lo alto. Unos hombres, portando farolillos, bajaban por la cuesta, corriendo.

Aceleró el paso. Sin embargo, tenía la certeza de que aquellos hombres no iban aún en su busca. Lo harían después, cuando se diesen cuenta de que había escapado.

No obstante, pudo correr poco. El dolor de la espalda le iba en aumento. Era algo así como si le golpeasen las costillas con un instrumento punzante.

Tuvo que detenerse, y volvió a mirar, volviendo a cada instante la cabeza.

¿Qué eran aquellas luces?

Súbitamente, le asaltaron los temores. Adivinó lo que sucedía. Ya se habían percatado de su desaparición, y andaban buscándole.

Si no encontraba un lugar donde refugiarse acabarían descubriéndole.

Andaba arrimado al talud de terreno, a oscuras, sin ver dónde ponía los pies, mientras las luces iban acercándosele.

Oía a los policías llamarse a voces unos a otros.

Otro tren pasó, con rechinar de bielas y estruendo de ruedas en movimiento, en dirección contraria al anterior.

Él se dejó caer al suelo y se pegó materialmente al terreno. Las luces del tren iluminaban el fondo del barranco.

Cuando pasó el convoy, volvió a levantarse y reanudó la marcha.

De pronto, se le fue un pie y cayó a tierra. Un líquido espeso le mojó las manos y las ropas.

El líquido aquel se deslizaba por el suelo como un minúsculo río apestoso.

Henry Bell adivinó de qué se trataba. Sin duda, se encontraba en las proximidades de una de esas alcantarillas a las que van a parar las aguas residuales a los barrios extremos.

La alcantarilla pasaría por debajo de las vías del ferrocarril, y si estuviese abierta...

A gatas, sobre el riachuelo de inmundicias, adelantó unos pasos y tanteó las sombras.

Palpó algo duro. ¿Una reja?

Sí, era la entrada a la alcantarilla.

Se agarró a los barrotes y tiró de ellos con desesperación.

Los de las luces, los policías, andaban ya muy próximos. Uno de ellos venía bordeando el talud.

Tiró con mayor fuerza de la reja y escuchó un chirrido. Cedían las bisagras. En realidad, no estaba cerrada con llave, sino encajada, simplemente. La humedad había oxidado las bisagras y la tierra había formado una masa compacta delante de ella, que impedía abrirla con facilidad.

Tirando con todas sus fuerzas, consiguió abrirla.

Vuelto de espaldas, a gatas y retrocediendo, entró en la alcantarilla.

Si levantaba la cabeza, se golpeaba con el techo. Apenas podía moverse. Era una estrecha y baja galería, camino obligado de las aguas residuales. Una especie de largo tubo, en el que cuanto más se adentraba más difícil se le hacía respirar.

Súbitamente, dejó de retroceder y prestó atención a los ruidos del exterior.

Alguien andaba por fuera. Hablaban a voces.

Antes de adentrarse en la alcantarilla había tenido la precaución de cerrar de nuevo la reja, encajándola con un par de piedras.

—Está cerrada —decía un hombre.

—Entonces, no puede haber entrado ahí —respondió otro.

—Huele que apesta —comentó un tercero.

—No está aquí, seguro. Vámonos.

Henry Bell deseó respirar el aire puro del exterior. Lo deseó con todas la potencia de su alma, aferrándose al ansia de vivir.

Porque aquello le parecía el preludio de la cámara de gas, la asfixia lenta, la muerte horrorosa estrujándole los pulmones con la fuerza brutal del ahogo.

Y echó a andar, arrastrándose sobre los codos y las rodillas, en busca del aire, chapoteando en el agua, golpeándose la cabeza contra el techo de la alcantarilla por querer huir de la sucia pestilencia del líquido que pasaba por debajo de su cuerpo.

Volvió a detener su lento avance. ¿Se habrían ido realmente los policías?

¿No estarían esperándole a la entrada de la alcantarilla?

Aguardó unos minutos, escuchando con atención.

No se oían más ruidos que el del agua y el de su respiración. Jadeaba como si acabase de recorrer una larga distancia.

El aire enrarecido, el aire viciado, era fuego abrasándole los pulmones.

Tropezó con la reja de hierro y arrimó la cara a los barrotes.

Aún allí olía que apestaba. Era necesario salir. A tientas, buscó las piedras con las que había cerrado la reja, las quitó, y empujó la puerta.

Volvió a oír, el rechinar de las bisagras, y al oírlo se alarmó.

Otros podían haber oído ese ruido igual que él. No siguió

empujando la reja para abrirla, pero asomó la cabeza por la abertura.

Por aquel lado, no se veía a nadie, aunque la noche estaba tan oscura que, aunque hubiese alguien a un par de pasos de allí no lo vería.

Decidió acabar de abrir la reja y salir al exterior. Después de todo, no le quedaba otro remedio.

Salió, arrastrándose despacio, mirando a todos lados. Los de las linternas eléctricas habían desaparecido, y si alguno andaba por allí, no se le veía.

Recostado en el talud del terreno, aspiró el aire con fruición. Respiró honda y largamente, pero seguía oliendo mal. Llevaba las ropas, las manos, el cuerpo impregnados del olor a detritus.

Necesitaba lavarse y cambiarse de ropas. Mas ¿dónde tenía el traje que habría de sustituir al que llevaba encima?

Contaba con los dos mil dólares del tipo del chirlo para vestirse de pies a cabeza, entre otras necesidades más o menos perentorias. Y los dos mil dólares se le habían esfumado.

Indudablemente, la suerte no le acompañaba. Aunque puede que todavía no fuese tarde. ¿Por qué no habría de encontrar al del chirlo y hacerle pagar cara su maldita jugada?

Sin embargo, con semejante facha y peste, no podría ir muy lejos.

Además, y para colmo de males, estaba el dolor de espalda. ¿Cuántos huesos tendría rotos?

Mientras anduvo escondido en la alcantarilla, apenas si se acordó de sus dolencias. Ahora, en cambio, parecían habersele recrudecido los dolores.

Más allá no podía quedarse. Había que adoptar una resolución. Por lo pronto, lo primero que había que hacer era conseguir un traje, como fuese: y como fuese sería sustrayéndolo de donde lo hubiera.

Pensó a marchas forzadas. No se le ocurría idea alguna. Únicamente...

Al mirar para lo alto, le vino la inspiración.

No es que conociese perfectamente Salt Lake City, pero si no se equivocaba, al otro lado del puente que tenía ante sus ojos, solían dejar las mujeres ropas puestas a secar en las ventanas.

Recordaba perfectamente haber pasado alguna vez por allí. El puente aquel era inconfundible. No había otro igual en la ciudad. Servía para salvar el barranco y cruzar por encima de las vías del ferrocarril.

Al final de él, existía un conglomerado de sucias casuchas de trabajadores, la mayoría de ellos ferroviarios. No sería extraño que encontrase algún traje azul, de mecánico, puesto a secar en cualquier ventana.

Al puente podía subirse, desde el barranco, por una empinada escalerilla de hierro.

No lo pensó más. Se cogió a la barandilla de la escalera e inició la ascensión.

El silbato de un tren estremeció el silencio. Luego, cuando el fugitivo se encontraba en mitad de la escalera, pasó trepidando, veloz y ruidoso.

También la escalera trepidó bajo los pies de Henry Bell, y el puente todo, como si fuera a deshacerse.

Por el puente aquel, rara vez pasaba un alma y menos a semejantes horas. En realidad, estaba ya en desuso. Cualquiera día, lo demolerían.

El pretil, de piedra y hierro, mostraba peligrosos agujeros, que el tiempo había ido abriendo pacientemente a dentelladas.

Únicamente pasaban por él los que vivían al otro extremo, los habitantes de las sucias casuchas del arrabal, los que les importaba poco que el puente fuera derrumbándose piedra a piedra, roído por la lepra de los años.

En eso iba pensando el fugitivo, para olvidar sus dolores, cuando le pareció ver la silueta de un hombre recortándose en la semioscuridad del puente.

Su primera intención fue la de retroceder por donde había venido, volver a bajar al barranco.

Incluso dio un par de pasos para atrás, pero volvió a detenerse.

La silueta del desconocido le resultaba familiar. Venía en dirección contraria a la que él llevaba, y habrían de encontrarse necesariamente cuando estuviesen sobre las vías del ferrocarril.

Siguió andando.

Como antes, dentro de la alcantarilla, al oír las voces de los policías y ver la luz de la linterna escrutando en la oscuridad, sintió

el violento palpitir de su corazón.

Sin embargo, antes le palpitaba de terror, ahora de alegría. De una alegría insana, morbosa, cruel, porque el hombre aquel...

Se detuvieron los dos a la vez, el uno frente al otro, mirándose en silencio.

La luz de una bombilla eléctrica, amarillenta, parecía separarlos como una muralla.

Los dos se reconocieron a un tiempo.

—Venía en tu busca —dijo el desconocido—. Tenía la certeza de que habría de encontrarte por aquí.

Henry Bell no dijo nada, rechinó los dientes y apretó los puños. Lamentaba haber perdido la pistola, porque el hombre que tenía frente a él era el del chirlo, el pelirrojo que le había incitado a asesinar al patriarca de los mormones.

—Ya sé que te ha perseguido la Policía —continuó el del chirlo—. Ha sido una mala suerte.

—¿Sí? —respondió él, satírico.

Como si no le hubiese oído, el otro prosiguió:

—Entraba a buscarte al «Canadian Club» cuando te vi salir corriendo.

—¿Sí? —repitió Bell.

Sabía que estaba mintiendo. Que nadie más que él podría haberle denunciado a los del FBI. Seguramente estuvo esperando por los alrededores del «Canadian Club» a ver qué sucedía, y luego...

—Os seguí con mi coche —añadió el pelirrojo—. Me alegré de que no te sucediera nada...

—Tengo las costillas rotas —gruñó el asesino.

—Bueno, eso no es gran cosa. Supongo que tendrá arreglo —ofreció el del chirlo—. Yo me encargaré de que te atienda un buen cirujano.

Henry Bell volvió a interrumpirle. Aunque no se fiaba en absoluto de él, seguía pensando en su dinero. Preguntó:

—¿Y mis dos mil dólares?

El del chirlo, que parecía esperar esa pregunta, se llevó la mano al pecho, en un elocuente ademán, y respondió:

—Aquí los tengo, en la cartera. Ya te he dicho que iba en tu busca, y que si no hubiese sido por los del FBI. No comprendo cómo

habrán podido enterarse...

—Dámelos —pidió el asesino, adelantando un paso.

También el del chirlo adelantó un paso. Ahora estaban más cerca el uno del otro. La mortecina luz de la bombilla les iluminaba por igual.

La cicatriz del pelirrojo daba la sensación de estar sangrando, aunque puede que fuese solo efecto de la luz.

Henry Bell extendió la mano, esperando su dinero. Sonreía, enigmático.

Cuando tuviese los dos mil dólares en su poder, obraría en consecuencia. Entretanto, no era conveniente darle a entender al del chirlo que sospechaba de él.

Precisamente, a espaldas del pelirrojo, faltaban unas piedras del pretil. Bastaría un empujón para lanzarle a la vía. Y una vez en la vía, el primer tren que pasase se encargaría de destrozarle.

El del chirlo volvió a llevarse la mano al pecho. Como si recelase algo, preguntó:

—¿Es que no te fías de mí?

Rió el otro, con risa forzada, retorciéndose, con la mano izquierda, las guías del bigote. Seguía con la derecha extendida, en espera del dinero.

—Claro que me fío de ti —replicó—. ¿Por qué no he de fiarme?

Rió el del chirlo también. Su risa era como el croar de una rana gigantesca.

—Bien, muchacho, aquí tienes tu dinero.

A Henry Bell se le abrieron unos ojos como platos. A juzgar por lo abultado de la cartera del pelirrojo, no debía llevar en ella dos mil dólares, sino muchos más, que pasarían íntegros a su bolsillo, una vez le hubiese dado el empujoncito que le lanzaría de cabeza a la vía del tren.

—Acércate un poco más —pidió el del chirlo.

Y Henry Bell se le acercó, sin figurarse lo que se le iba a venir encima.

En el fondo, tenía bastante de ingenuo, o como él decía, la fatalidad volvía a jugarle una mala pasada.

El del chirlo tenía dedos de prestidigitador. Fue visto y no visto cómo se guardó la cartera en el bolsillo y cómo, cuando el de los bigotes menos lo esperaba, le echó las manos al cuello, con

propósitos inconfesables.

Sin embargo, Henry Bell no era hombre que se dejase estrangular fácilmente.

Cierto que las costillas averiadas, o lo que tuviese roto, le restaba fuerzas y medio le imposibilitaba de defenderse.

Sacó las fuerzas del propio instinto de conservación. Arremetió contra su agresor con la cabeza, y como la tenía notablemente dura, el del chirlo acusó el impacto aflojando los dedos.

Ni el uno ni el otro eran maestros en la lucha. Puede que Henry Bell tuviese alguna más práctica que su contrincante en lo de repartir mamporros, cabezazos y patadas, por el mero hecho de haberse encontrado más de una vez en apuros análogos a aquél.

La patada que propinó al del chirlo en la espinilla le hizo bramar como un toro, y el puñetazo que le metió debajo de la barbilla estuvo a punto de hacer que se saliera con la suya de lanzarlo a la vía.

También esta vez la fatalidad le jugó una mala partida al bigotudo Henry Bell. Si en vez de ir a parar el del chirlo contra el pretil del puente hubiese ido una yarda más a la derecha, habría encontrado el vacío a su espalda.

Y al encontrar el vacío, se hubiese estrellado irremisiblemente contra el suelo.

No sucedió así, y Henry Bell sufrió las consecuencias de semejante contrariedad, y, además, las del puntapié que el del chirlo, que tampoco se dormía, le largó a la barriga, en la mismísima posición en que se encontraba, apoyado en el pretil del puente.

El puntapié en la barriga del desafortunado Bell surtió efectos fulminantes. Fue a parar en medio del puente, y allí quedó, boca arriba, luego de haber perdido el escaso sentido de que siempre había dado pruebas.

Naturalmente que el del chirlo se aprovechó de tan favorable circunstancia. Era hombre de firmes resoluciones y tenía una idea bastante reprobable metida en la cabeza.

Si alguien le estorbaba y si alguien pudiera perjudicarle en lo sucesivo ése sería el bigotudo Henry Bell.

Hasta unas horas antes le había sido útil. Había cumplido a la perfección lo que él le ordenó. Abrió el agujero en la ventana del

despacho de Sinclair Smith y disparó contra el patriarca. Luego fue al «Canadian Club», y al «Canadian Club» fueron a buscarle los del FBI.

Hasta ese momento todo había salido a las mil maravillas. Sin embargo, ahora, el dejar a Bell con vida resultaría peligroso. Sospechaba que había sido él quien le denunció a los del FBI, y no le perdonaría el haberlo hecho.

Se agachó y le observó unos instantes en silencio. Henry Bell empezaba a rebullir.

Lejano aún, se escuchaba el silbido de un tren. Dentro de unos minutos, pasaría por debajo del puente, y dentro de unos minutos...

Claro que ni siquiera unos minutos tardaría en hacer lo que se proponía llevar a cabo.

Se agachó aún más y cogió al desvanecido, o semidesvanecido, Henry Bell por el cuello de la americana. Olía que apestaba.

El del chirlo tiró de la americana de Bell, y al tirar de la americana su dueño fue detrás. Eso era, ni más ni menos, lo que trataba de hacer el pelirrojo.

Entretanto, el tren iba acercándose a toda marcha.

Henry Bell abrió los ojos cuando el del chirlo le tenía con medio cuerpo fuera del puente, por uno de los agujeros que el tiempo y las gentes habían ido haciendo en el pretil.

Es curioso lo rápido que actúa el instinto de conservación. Nada más abrir los ojos, Henry Bell adivinó lo que sucedía. Como estaba con la cabeza colgando en el vacío, vio, abajo, las vías y la lucecita del tren avanzando allá, en la distancia.

El instinto de conservación le aconsejó agarrarse a lo que pudiera, y trató de hincar los dedos en la piedra, con el desesperado deseo de vivir, con el ansia angustiosa del condenado a muerte, y gritó al mismo tiempo.

Entonces fue cuando el del chirlo le dio el empujón final, con el pie.

Henry Bell, el hombre que toda su vida había achacado a la fatalidad sus infortunios y sus errores, cayó al vacío, con los dedos agarrotados, con la voz fustigando el silencio, con los ojos cegados de sombras y de luces de trenes que avanzaban con prisas...

La sonrisa del pelirrojo era más torcida que nunca. Se agachó y miró para abajo. Estuvo mirando para las vías hasta que pasó el

tren.

Trepidó el puente, como si fuera a derrumbarse, y el silbato de la locomotora escupió al cielo el salivazo de vapor de su alarido.

El maquinista ni siquiera vio el cuerpo inmóvil de Henry Bell en la vía...

Cuando el del chirlo emprendió la marcha lo hizo a buen paso. Iba frotándose las manos con gesto de satisfacción. La cosa le había salido mucho mejor de lo que esperaba.

Muerto el idiota de Henry Bell, nadie podría acusarle a él de nada. Y muerto el patriarca de los mormones.

CAPÍTULO V

Hubieron de darse por vencidos. Henry Bell no aparecía por lado alguno. A saber dónde se habría metido, con semejante noche. Puede que hubiesen pasado infinidad de veces por su lado, sin verle.

De todos modos, no iría muy lejos. Cursarían las órdenes oportunas para su detención. Toda la Policía de los Estados Unidos se movilizaría en su busca, y tarde o temprano caería en las redes de la Justicia.

—Vamos a casa del patriarca mormón —decidió el agente especial Steven Taylor.

El otro agente especial, Alan Montgomery, suspendió la búsqueda del asesino de mala gana. Hubiese dado cualquier cosa por atrapar a Bell por el cuello y sacudirle un par de mamporros. ¡Buena se la había jugado!

En vez de llevar a cabo un buen servicio, con lo que hubiese ganado puntos para el destino a New York, en el primero de relativa importancia en que se encontraba metido, se les escapaba el asesino, lo que se dice de entre las manos.

Refunfuñando, gruñendo, murmurando entre dientes, marchó detrás de Taylor. Cruzaron las vías y volvieron al paso a nivel.

Allí estaba el coche que habían sustraído a la puerta del «Canadian Club». Volvieron a ocuparle y lo llevaron al lugar de donde lo cogieron. Seguramente el dueño ni se había enterado de su desaparición.

Tomaron un taxi que les condujo a casa del patriarca mormón. El fiscal y el forense estaban esperándoles.

—¿Traen al asesino? —preguntó el fiscal.

Montgomery torció el gesto y confesó:

—Se nos ha escapado. Únicamente, traemos la pistola con la que se ha cometido el crimen. Mírela, aquí está.

El forense tomó la pistola que habían encontrado los agentes especiales en el interior del coche, y la examinó con detenimiento. Sacó el cargador y contó las balas que quedaban.

—Han hecho tres disparos con esta pistola —comentó.

En efecto, faltaban tres cartuchos en el cargador. Había que comprobar, si, en realidad, Henry Bell había hecho tres disparos desde la ventana.

Los dos agentes especiales se dedicaron a tratar de comprobarlo.

—¿Cuántas heridas tiene el cadáver?

El forense, que seguía dando vueltas en derredor del difunto, levantó la cabeza y miró a Montgomery, el de la pregunta. Respondió, sin titubear:

—Una sola, mírelo, la de la frente.

Entonces, a juzgar por las apariencias, el asesino había acertado solo uno de los tres disparos. Los otros dos no habían hecho blanco en el cuerpo del anciano. Claro que había bastado con un balazo para conseguir su propósito.

—Mira, Montgomery —llamó Taylor—, aquí hay una bala.

En uno de los paneles de madera, con que estaba revestida la pared del despacho, había ido a clavarse una de las balas disparadas por Bell desde la calle.

—Y aquí hay otra —anunció Montgomery.

Una tercera, no muy distante de las otras dos y también clavada en los paneles de la pared, la encontró el forense.

Los agentes especiales se miraron extrañados.

—¿Qué significa eso? Si sólo había hecho tres disparos el asesino con la pistola, ¿cómo era posible que una cuarta bala hubiese ido a clavársele al anciano en la frente?

—No lo comprendo —murmuró el fiscal.

La verdad era que no lo comprendía ninguno de los tres.

Habría que comprobar si las balas que habían ido a incrustarse en la pared habían salido de la pistola que encontraron en el coche siniestrado y si la cuarta bala, la que mató al patriarca de los mormones, tuvo la misma procedencia.

Extrañados, volvieron a contar las balas que quedaban en el cargador. No cabía duda: faltaban sólo tres.

—¿Y la cuarta? —preguntó el fiscal, en voz alta.

Nadie pudo contestar a esa pregunta. Había algo extraño en todo aquello que no acababan de comprender.

El forense les miraba con cara de bobo. A él, más que a nadie, le resultaba extraordinario el que se hubiesen hecho tres disparos desde la ventana y aparecieran cuatro balas.

—¿No puede haber entrado alguien en la habitación y, una vez dentro, disparar contra ese hombre? —señalaba al cadáver.

—La puerta estaba cerrada por dentro, y la llave seguía en la cerradura cuando nosotros llegamos aquí —objetó Montgomery.

—También alguien puede haber disparado por el agujero de la ventana, una vez que se marchó Henry Bell —opinó Taylor.

—Una observación muy acertada. ¿Por qué no pudo disparar el mismo instigador del crimen después de marcharse Bell, al ver que éste no había acertado en el blanco?

—Sin duda, andaba por aquellos alrededores cuando Henry Bell intentó asesinar al anciano patriarca de los mormones. Bell tenía mala puntería o tuvo miedo al ir a cometer el crimen, y disparó sin mirar. El otro terminó su obra, y acertó a la primera...

—Lo que no comprendo —objetó el forense, que no era tan tonto como parecía— es cómo ese hombre —seguía apuntando al cadáver— no escapó de aquí después de que hubieron hecho tres disparos contra él. Sin embargo, siguió sentado tranquilamente. Cuando a uno le zumban tres balas cerca de los oídos...

—Puede que estuviese dormido y no los oyera.

También cabía esa posibilidad. Henry Bell había disparado con silenciador.

—Además, en aquel momento, sonaban las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block —insistió Taylor.

De una forma u otra, no cabía duda de que alguien más que Henry Bell había disparado contra Sinclair Smith.

Por otra parte, ¿por qué no pudo ser él quien hizo blanco en el anciano? Todavía no habían comprobado si las tres balas clavadas en la pared salieron de la pistola de Bell y la cuarta de un arma distinta a la suya.

Mas si él había cometido el crimen, si Henry Bell mató al mormón, ¿para qué ese cuarto disparo?

Estaban sumidos en un mar de dudas.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Una cabeza pelirroja asomó por ella. La del tipo larguirucho y desgarbado que los agentes especiales habían dejado allí al salir en busca de Henry Bell.

Y también en aquel momento, se fijaron en algo que entonces no les llamó la atención. El tipo larguirucho y desgarbado tenía una cicatriz en la cara, en el carrillo derecho.

—El señor Jameson quiere hablar con ustedes —anunció.

—¿Quién es el señor Jameson y qué quiere de nosotros? —gritó el agente especial Taylor.

Puede que el larguirucho y desgarbado estuviese dispuesto a contestarles. Si no les contestó, fue porque el tal Jameson se le adelantó.

Aun cuando habían dado orden de que nadie entrase en el despacho donde se había cometido el asesinato, para Jameson no parecía contar semejante orden.

Apartó al larguirucho y desgarbado de en medio y entró sin más. Entró lamentándose de la muerte del patriarca.

Medía una altura que sobrepasaba, con mucho, lo corriente y, en cambio, no andaba muy sobrado de carnes. Vestido de negro de los pies a la cabeza, daba sensación de estar aún más delgado de lo que estaba.

Su edad oscilaría entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años, aunque el pelo, negro y sin canas, le hacía aparecer más joven de lo que era en realidad.

Nervioso, accionaba mucho con las manos.

Montgomery iba a preguntarle quién le había dado permiso para entrar y quién era él para estar allí sin que nadie le llamase, cuando el fiscal, que parecía conocer a todas las gentes de Salt Lake City, dijo, con cierto respeto:

—Ahora, usted ocupará el lugar del patriarca, ¿no es eso, señor?

Jameson asintió con la cabeza. Hasta aquel momento había sido la segunda autoridad de los mormones. Al morir Sinclair Smith, pasaría a ser el patriarca de la secta, el jefe espiritual de los millares de fieles.

—¡Sí, sí! —Casi gritó—. Aunque nunca hubiese querido sustituirle. Él era mucho mejor que yo, él era puro y yo soy un miserable pecador. Sinclair Smith...

—Por favor, no se acerque al cadáver. —Taylor se interpuso en

su camino—. Todavía no hemos terminado nuestro trabajo. Tenemos dudas...

El nuevo patriarca de los mormones se paró en seco, volviéndose de frente a los hombres que le observaban en silencio.

—Dudas, ¿de qué?

Taylor se encogió de hombros y respondió:

—Eso mismo nos preguntamos nosotros. Dudamos, sin saber de qué. Puede que aclaremos esas dudas cuando detengamos al asesino...

Entonces —le interrumpió Jameson—, ¿conocen al asesino?

Sabemos de un hombre que hizo tres disparos desde la ventana, pero ignoramos quién hizo el cuarto disparo.

Jameson se pasó la mano por la cara, con gesto dubitativo. No acababa de comprender lo que querían decirle.

—¿El cuarto disparo? —preguntó—. ¿Qué significa...?

—Ya se lo explicaremos más adelante —respondió Montgomery, con brusquedad—. Y ahora, ¿quiere dejarnos solos?

El nuevo patriarca de los mormones retrocedió de espaldas hacia la puerta, asintiendo, repetidamente, con la cabeza.

Al llegar al umbral, tropezó con el larguirucho y desgarrado, que había estado escuchando la conversación por la rendija de la puerta entreabierta.

—Señor —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Estamos dejados de la mano de Dios.

Al decir esto, puso una cara muy triste, cara de circunstancia. El nuevo patriarca de los mormones no pareció oírle. Acabó de salir del despacho y cerró la puerta.

—¿Has visto? —preguntó Montgomery a Taylor.

Éste, que sabía por dónde iba, respondió con un leve movimiento afirmativo de cabeza.

Ni el fiscal ni el forense sabían a qué se referían, inquirió el primero:

—¿De qué se trata?

Taylor, mientras se guardaba la pistola de Henry Bell en el bolsillo, contestó:

—Del tipo ese que estaba en la puerta. Es pelirrojo, alto, desgarrado y tiene una cicatriz en la cara, y el hombre que indujo a Henry Bell a disparar desde la ventana ofreciéndole dos mil dólares

es pelirrojo, alto, desgarrado y tenía una cicatriz en la cara.

—Cuando le atrapemos, nos aclarará si es el mismo —resumió Montgomery.

De momento, nada podían hacer, sino esperar a ver si conseguían detener a Henry Bell, aparte de comprobar si las tres balas que encontraron clavadas en la pared habían salido de una misma pistola.

Si esto se confirmaba, Henry Bell sólo sería un asesino frustrado. El verdadero asesino puede que fuera el del chirlo.

Taylor, el fiscal y el forense se marcharon de allí. Sólo Montgomery se quedó junto al cadáver, hasta que se lo llevasen a la Morgue. Era preciso hacerle la autopsia.

Una vez solo, el agente especial se sentó en una silla, prendió un cigarrillo y se puso a reflexionar acerca de los acontecimientos que habían venido a alterar la plácida monotonía de su vida policial en Salt Lake City.

Si el del chirlo quería deshacerse de Sinclair Smith, ¿por qué no lo mató de primera intención, sin tener que buscar al idiota de Henry Bell para que disparase desde la ventana?

Buscaba una contestación a su pregunta, y encontró una que le pareció satisfactoria: accediendo Henry Bell a cometer el asesinato, las sospechas recaerían sobre él exclusivamente, máxime si se facilitaba al FBI toda clase de detalles del crimen y se les ponía sobre la pista del criminal. Aunque...

Todavía una duda: Henry Bell, detenido, acusaría al del chirlo, como lo hizo en el «Canadian Club» al ir a detenerle, y el del chirlo tampoco podría escapar. Este detalle era imposible que se le hubiese pasado inadvertido al pelirrojo.

Montgomery tiró la colilla del cigarrillo al suelo, la aplastó con el pie y prendió otro.

Luego abandonó el asiento y comenzó a pasear por la habitación. Ahora pensaba en las cuatro balas: las tres de la pared y la cuarta, que había ido a incrustarse en la frente del anciano patriarca de los mormones.

Una idea se le ocurrió de pronto. Algo en lo que no había caído antes, en lo que no había pensado ninguno.

Corriendo, se acercó a la ventana. A través del cristal, miró para la calle.

Calculó la altura a que estaba la ventana del suelo y llegó a la conclusión de que Henry Bell, para hacer el agujero en el cristal, tuvo que empinarse sobre las puntas de los pies, y que no le quedó más remedio que hacer otro tanto para disparar.

Corriendo también, Montgomery fue hasta la pared, detrás del cadáver, y examinó los orificios, vacíos ahora, que habían hecho las balas en la madera. Como se figuraba, presentaban una trayectoria acusadamente inclinada hacia arriba.

Eso venía a demostrar que el hombre que disparó contra Sinclair Smith no tenía siquiera la suficiente estatura como para apuntar horizontalmente a la frente del patriarca de los mormones.

Pero tampoco existía nadie, ni siquiera el larguirucho y desgarrado del pelirrojo, capaz de disparar contra Sinclair Smith desde un plano superior a él, y menos aún desde el orificio abierto en la ventana.

Porque, Montgomery acababa de verlo, la bala le había entrado en la frente al patriarca de los mormones, de arriba abajo.

¡Y para poder dispararle así, el asesino había tenido que hacerlo desde dentro de la habitación, de pie, mientras su víctima estaba sentada!

Una y otra vez el agente especial volvió a examinar el agujero de la ventana, los orificios de la pared y la herida del cadáver, afirmándose más y más en su creencia de que el asesino tuvo que disparar desde dentro de la habitación.

Mas ¿cómo pudo hacerlo, si puerta y ventanas estaban cerradas por dentro del despacho cuando ellos llegaron allí?

Era imposible que ningún ser humano hubiese podido salir de la habitación y cerrar la puerta con llave, por el interior, o las ventanas.

Muchas cosas parecían imposibles en aquel caso, y estaban resultando ciertas.

Mientras reflexionaba de este modo, Montgomery paseaba de un lado para otro de la habitación.

Se detuvo detrás del cadáver y examinó el sillón donde estaba sentado. Era uno de esos sillones fijos al suelo, cuyo asiento tiene un movimiento rotatorio.

Un asiento bastante incómodo. ¿Se sentaría siempre allí el patriarca de los mormones?

Decidió averiguarlo. Fue hasta la puerta, la abrió y salió al pasillo.

A poca distancia de allí, en un corrillo, hablaban, en voz baja, el larguirucho y flaco, el pequeñajo y regordete, el tuerto y la chica.

Al ver al agente especial interrumpieron la conversación. Durante unos segundos, Montgomery les observó en silencio.

Jameson, el heredero del patriarcado de los mormones, había desaparecido.

El agente especial llamó a la chica:

—Señorita, ¿quiere venir para acá?

Prestó atención a sus andares, en sus piernas, y suspiró. Siempre suspiraba ante mujeres como aquélla, ante chicas que andaban con la gracia que andaba aquélla, y que tenían unas piernas tan bien modeladas, firmes y robustas como la que acudía a su llamada.

—¿Quería algo de mí?

—¿Que si quiero...? —Otra vez volvía a olvidarse del crimen, de los asesinos, de cuanto tenía de desagradable su profesión—. ¡Claro que quiero! ¿Tienes novio?

No, no era para eso para lo que la haría llamado. Rectificó, luego de un ligero carraspeo, ante la asombrada mirada de la chica:

—Perdona —la tuteaba ahora—. Pensaba en otra cosa. Ven, pasa, quiero hacerte unas preguntas.

Pasaron al despacho de Sinclair Smith, y Montgomery le indicó una silla para que se sentase, dando la espalda al cadáver.

Durante unos segundos, guardaron silencio. Luego preguntó al agente especial:

—¿Qué era tuyo el... patriarca de los mormones?

Así, preguntándole, averiguó muchas cosas. Por ejemplo: que su misión en casa de Sinclair Smith era la de tomar taquigráficamente las cartas que le dictase y pasarlas luego a máquina: que se llamaba Josephine Gonmes, y que tenía veintidós años.

También le puso en antecedentes de que el larguirucho y desgarrado pelirrojo, Joe Pipper, era una especie de ayuda de cámara de Sinclair Smith, que el tuerto, Sebastian Manz, tenía a su cargo el noble menester de preparar las comidas para todos los de la casa, y que Robert Stone, el pequeñajo y regordete, hacía las veces de portero, conserje y otras obligaciones por el estilo.

Puesto en antecedentes de tan importantes detalles, pasó a

preguntar a la chica lo que le interesaba, de momento:

—¿Se sentaba siempre el patriarca en ese mismo sillón?

Sin volverse a mirar al cadáver, la muchacha respondió en sentido afirmativo.

Montgomery formuló otra pregunta:

—¿Solía encerrarse con llave el patriarca?

También esta vez contestó la muchacha en sentido afirmativo. Sinclair Smith, después de comer, se encerraba en su despacho hasta altas horas de la noche.

Acostumbraba a dar unas cabezadas a primera hora. Luego se despertaba y trabajaba. Yo...

—¿Quiere decir que solía dormirse en el sillón después de comer?

—Precisamente eso era lo que quería decir.

—Sí, puede que una hora o dos. Después...

Montgomery volvió a interrumpirla:

—¿Quién estuvo anoche aquí con el patriarca después de comer?
¿A qué hora entró al despacho?

Hizo memoria la muchacha. ¿A qué vendrían tantas preguntas?
¿Qué podría importar quién estuvo con el patriarca a última hora?

—Creo que pasaban de las once —respondió—. El señor Jameson le esperaba en el despacho, trabajando. Estuvieron juntos hasta cerca de las doce. Cuando el señor Jameson se fue, yo me acosté. Estuve esperando a que se marchase, por si me necesitaban...

—Y ése... Joe Pipper, el pelirrojo, ¿qué hacía entretanto?

—Joe no se acuesta hasta que no nos hemos acostado todos, pero anoche decía que no se encontraba bien, y se retiró a su habitación antes que yo...

Josephine no comprendió el motivo por el cual el agente especial sonrió levemente. En realidad, no comprendía a qué venían tantas preguntas.

El asesinato de Sinclair Smith la había trastornado.

Cuando Montgomery le ordenó que se marchase, abandonó el despacho con andar cansino.

Cosa rara, el agente especial no se fijó en su soberbia anatomía, ni paró los ojos en sus piernas. Ni siquiera la miró. Tenía los ojos clavados en el muerto, y multitud de ideas le danzaban por la

cabeza.

De pronto, abandonó el asiento, corrió hasta el cadáver, se situó a su lado, y fue levantando la cabeza poco a poco.

Al frente, tenía la ventana, pero no miró a la ventana, sino más arriba, a la galería de madera, de la que colgaban las cortinas de terciopelo verde.

Estuvo mirando un buen rato para allá. Luego tomó una silla y se acercó con ella a la ventana.

Cuando tenía puesto un pie en el asiento para subirse a la silla, empezó a sonar el teléfono.

Desistió de subirse a la silla, y acudió a ver quién llamaba.

—¡«Hallo»! —dijo.

Mientras escuchaba, tenía los ojos clavados en la galería de madera de la ventana...

CAPÍTULO VI

EL cadáver que encontraron al pie del puente llevaba un documento de identidad en uno de los bolsillos de su americana. De no haber sido por eso, habría resultado imposible identificarle.

El tren que pasó por encima de él lo dejó completamente destrozado.

Sin embargo, por el documento de identidad, pudieron averiguar que se trataba de Henry Bell, delincuente habitual contra la propiedad, y reclamado por el Federal Bureau of Investigation como presunto autor del asesinato de Sinclair Smith, patriarca de los mormones.

—Ha sido una mala suerte que haya muerto —comentó el agente especial Alan Montgomery, cuando su compañero Taylor le dio la noticia telefónicamente.

Sobre todo, había sido una mala suerte, porque Henry Bell no podría identificar al del chirlo, y si el del chirlo era Joe Pipper, el mayordomo, de nada serviría que le acusasen de complicidad en el crimen si carecían de pruebas contra él.

Al mismo tiempo, Taylor le dio otra noticia que terminó de dejar perplejo a Montgomery: las tres balas que habían encontrado clavadas en los paneles de madera de la pared, correspondían a la pistola de Henry Bell.

De ese modo, si Henry Bell había hecho sólo tres disparos con aquella pistola, ¿quién había hecho el cuarto?

Bueno, él tenía sus sospechas, que trataba de aclarar cuando Taylor llamó al teléfono, y como no era cosa de seguir con las dudas, sin despedirse de su compañero, colgó el teléfono de golpe.

Volvió a la ventana, puso un pie en el asiento de la silla que había llevado antes hasta allí, luego el otro, apartó las cortinas, y

miró por detrás de la galería de madera.

Allí estaba la clave del asesinato de Sinclair Smith: un pequeño y complicado artilugio, que era fácil de adivinar el papel que había jugado en todo aquello.

Viendo aquello, comprendía muchas cosas, entre otras, por qué ordenaron a Henry Bell que disparase contra el patriarca de los mormones precisamente cuando estuviesen dando las campanadas de las doce en el ruidoso carillón del gran Temple Block.

La pistola, situada detrás de la galería de la ventana, se dispararía automáticamente, merced a un ingenioso dispositivo electrónico, posiblemente cuando diese la última campanada en el reloj.

El del chirlo temía que Henry Bell pudiese fallar sus disparos, y preparó con anticipación su artilugio. El cañón de la pistola de detrás de la galería apuntaba rectamente a la cabeza de Sinclair Smith.

Indudablemente, el asesino conocía las costumbres del anciano. Sabía que todas las noches, nada más comer, se encerraba en su despacho y dormía unas horas con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, siempre en una misma posición.

El disparo, amortiguado por el silenciador, apenas se oiría al efectuarse mientras sonaban las campanadas.

De oírse los disparos, serían los que hiciese Henry Bell, a quien achacarían la muerte del anciano. Y cuando lo detuviesen, nadie iría a contar las balas que faltasen en el cargador de su pistola.

En eso, como en olvidarse de que la trayectoria de la bala disparada por el artilugio electrónico sería distinta a la que llevasen las que salieran de la pistola de Henry Bell puede que no hubiese pensado el asesino.

Sin embargo, como antes, a pesar de conocer el medio de que se había valido para asesinar al anciano patriarca de los mormones, Montgomery llegó a la conclusión de que seguían sin pruebas para acusar, y menos aún condenar, al asesino.

No podía dirigirse al pelirrojo mayordomo y decirle: «Tú eres el asesino. Ese artilugio lo has preparado tú».

Claro que podría cogerle por el cuello, llevárselo a la Seccional y allí obligarle a confesar su delito mediante el empleo de ciertas medidas de excepción bastante contundentes.

Al pensar en esto, se miraba los puños.

Puede que, si emplease esas medidas de excepción, por otra parte, recusables, consiguieran su propósito: pero ¿sería lógico llegar a ese extremo?

Aun con los asesinos, le repugnaba emplear la violencia. Después de todo, pertenecía a la Policía científica. Tenía a su disposición cuanto necesitase para llevar a cabo las investigaciones. Lo único, que, si el asesino se encerraba en su negativa, no habría más medio de hacerle confesar su delito que abrumándole con pruebas.

Mas él, ¿dónde tenía esas pruebas? ¿El artefacto aquel de encima de la ventana?

Lo mismo podría haberlo puesto allí el conserje, como el tuerto cocinero, igual que el mayordomo, o incluso la soberbia secretaria que atendía por Josephine, o también...

Repentinamente, pensó en Jameson. La chica había dicho que fue el último que estuvo en el despacho antes de que Sinclair Smith se encerrase allí. ¿Por qué no podría haber sido él quien colocase encima de la ventana el artilugio que habría de matar al anciano?

Claro que, si había sido Jameson el asesino, ¿qué papel jugaba en todo aquello el pelirrojo mayordomo?

La idea se le ocurrió de pronto. Tanto Jameson como el pelirrojo mayordomo sabían, en aquel momento, que en el cargador de la pistola de Henry Bell faltaban tres cartuchos, mientras se habían hecho cuatro disparos contra Sinclair Smith.

Al saber eso, se figurarían, también, que el FBI haría lo imposible por averiguar el origen del cuarto disparo, y quien fuese el asesino, trataría de hacer desaparecer la pistola y el mecanismo que la había hecho funcionar, de encima de la ventana.

Si sus cálculos no fallaban, el asesino volvería por allí, en cualquier instante, con el propósito de hacer desaparecer las pruebas de su crimen.

Claro que, de momento, quienes llegaron fueron los encargados de llevarse el cadáver de Sinclair Smith.

Amanecía cuando lo sacaron del despacho. Alan Montgomery les dejaba hacer, con mirada ausente, abstraído en sus pensamientos.

De cuando en cuando, miraba disimuladamente para encima de la ventana. El pelirrojo mayordomo, el tuerto, el conserje y la chica,

andaban por allí.

Ya no importaba que tocasen lo que quisieran, porque la clave del crimen estaba detrás de la galería de madera de la ventana.

También andaba por allí Jameson, dando órdenes, embutido en sus negras vestimentas y con cara de circunstancias.

La chica, Josephine, no hacía más que llorar. Y el pelirrojo...

A Joe Pipper, el mayordomo, Montgomery lo sorprendió más de una vez mirando para la ventana.

Parecía asustado, como si fuera a echar a correr en cualquier instante.

El tuerto y el conserje no hacían más que lamentarse por la muerte del patriarca.

Cuando se hubieron marchado los que se llevaban el cadáver, resolvió el agente especial, dirigiéndose a los que andaban por allí:

—Tienen que salir todos de aquí.

—¿Todos? —protestó Jameson—. Desde este momento, yo me hago cargo de...

—Usted no se hace cargo de nada todavía —le atajó Montgomery—. Aún nos falta llevar a cabo unas gestiones, aquí.

Por su parte, el pelirrojo mayordomo también protestó:

—Yo tengo que arreglar la habitación...

Montgomery ni siquiera le contestó. Al parecer, todos tenían algo que hacer en el despacho.

Les obligó a ir saliendo uno a uno, y él salió también. Una vez fuera, cerró la puerta y se echó la llave al bolsillo, ostensiblemente.

Jameson, el tuerto, el pelirrojo y el pequeñajo y regordete, se quedaron refunfuñando.

La chica fue la única que no dijo nada. Al pasar por su lado, Montgomery la miró de arriba abajo.

Decididamente, cuando terminase todo aquello, volvería a preguntarle si tenía novio.

Además, le pareció que ella no le miraba con malos ojos.

Abandonó la casa y fue a una cafetería próxima. Tenía hambre. Además, mientras fuese de día y estuviesen todos juntos, ninguno de los que quedaban en la casa se atrevería a intentar entrar al despacho de Sinclair Smith. En cambio, por la noche...

Durante el día, Montgomery y Taylor estuvieron yendo y viniendo a casa del patriarca de los mormones. Entraban y salían

con frecuencia del despacho sin cerrar la puerta, para que pudiesen ver lo que hacían.

Ni una sola vez se arrimaron a la ventana. De ese modo, el asesino, si estaba allí, se figuraría que ignoraban lo de la pistola de detrás de la galería.

Anohecía, cuando anunciaron a los de la casa y a Jameson:

—Ya hemos terminado. Aquí tienen la llave.

El pelirrojo mayordomo se precipitó a cogerla. Parecía tener prisa en hacerse con ella.

Jameson preguntó, con indudable interés:

—En ese caso, ya no volverán ustedes por aquí, ¿no es cierto?

Montgomery, que estaba distraído mirando a la muchacha, respondió con un movimiento de cabeza.

—Cierto —afirmó Taylor—. Ya no es necesario, aunque puede que mañana tengamos que reconstituir el crimen. Aún subsiste la duda de quién pueda ser el que hizo el cuarto disparo, si en el cargador de la pistola de Henry Bell únicamente faltaban tres cartuchos.

Lo dijo adrede. Si el pelirrojo mayordomo era el verdadero asesino del anciano, procuraría entrar al despacho cuando nadie le viese, y entonces...

La calle donde estaba enclavada la casa del patriarca de los mormones era una de esas calles de poco tránsito, silenciosas, y no excesivamente iluminadas, que las gentes suelen rehuir, o si pasan por ellas, lo hacen de prisa y con cierto recelo.

Los agentes especiales del FBI aprovecharon esa circunstancia para llevar a cabo sus planes.

En realidad, no se alejaron demasiado de la casa del crimen. Desde un portal de la acera de enfrente, vieron salir a Jameson.

—¿Es que no vive ahí? —preguntó Taylor.

Jameson no vivía en aquella casa, al menos de momento. Si había acudido allí en los primeros instantes del crimen fue porque le avisaron de lo ocurrido. Eso fue lo que la secretaria de Sinclair Smith le afirmó a Montgomery. Más tarde, tomaría posesión de la casa, cuando asumiera la jefatura de los mormones.

Parado en la puerta, parecía dudar hacia dónde dirigirse. Luego, se encasquetó el sombrero, negro como toda su vestimenta, y salió andando calle adelante.

Montgomery y Taylor le siguieron con la mirada, hasta perderle de vista.

Jameson era un negro fantasmón en la penumbra de la calle.

Nadie más salió de la casa, y nadie encendió luz alguna en el despacho del patriarca.

Los agentes especiales estuvieron un buen rato en su observatorio, esperando a ver si alguien encendía las luces del despacho del patriarca mormón, hasta que al fin decidieron:

—Vamos para allá, Taylor —dijo Montgomery.

Consideraron llegado el momento de llevar a cabo lo que se habían propuesto.

Cruzaron la calle. Por las inmediaciones de la casa de Sinclair Smith no se veía un alma.

Montgomery sacó un largo alambre del bolsillo, y Taylor le acució, en voz baja:

—Date prisa, puede venir alguien.

Como nadie se había preocupado de taparlo, subsistía aún el agujero en el cristal de la ventana.

Montgomery introdujo el alambre por el agujero, y, a tientas, trató de alcanzar el tirador de la ventana para abrirla.

Esta vez tardó menos que la noche anterior en conseguir su propósito.

—Ya está —murmuró.

Tiró del alambre, y Taylor empujó la ventana. Tenían libre el camino. Sin hacer ruido, saltaron dentro del despacho.

Volvieron a cerrar la ventana.

Montgomery sacó la linterna eléctrica del bolsillo e iluminó la galería de madera de encima de la ventana. Temía que alguien hubiese podido llevarse la pistola mientras ellos habían estado fuera.

Pero no, la pistola con el ingenioso mecanismo electrónico continuaba allí.

Si el asesino tenía pensamientos de ir por ello, puede que no tardase en hacerlo. Esperarían.

A oscuras, buscaron el lugar donde refugiarse. Ya habían pensado en eso también. Detrás de los amplios sillones situados uno a cada lado de la librería, frente a la puerta.

Desde allí, a cualquiera que entrase en el despacho lo verían

inmediatamente. Todo sería cuestión de armarse de paciencia, y paciencia no les faltaba a ninguno de los dos.

En el silencio y en la oscuridad de la habitación, cada uno detrás de un sillón, aguardaron los acontecimientos.

Transcurrió una hora. El reloj de la torre del gran Temple Block dejó oír el repiqueteo metálico de sus campanadas.

Y aún no habían terminado de sonar, cuando les pareció oír que alguien andaba en la puerta del despacho.

Pusieron los nervios en tensión. Sin duda alguna, dentro de unos instantes, conocerían al verdadero asesino de Sinclair Smith.

Con la última campanada del reloj, la puerta giró suavemente sobre sus goznes, y una silueta se recortó en el umbral.

Era un hombre alto y flaco, un hombre que había llegado hasta allí sin encender la luz del pasillo, y que tampoco encendió la luz del despacho.

Tan silenciosamente como había entrado, cerró la puerta a su espalda.

Tanto Montgomery como Taylor mantenían la respiración para que no se diese cuenta de su presencia allí.

Habrían podido salir de su escondite y atrapar sin más al desconocido, pero no lo hicieron. Su propósito era el de detener al asesino cuando estuviese con las pruebas de su delito en la mano, cuando tratara de quitar la pistola de detrás de la galería de la ventana.

Durante unos segundos, estuvo arrimado a la puerta, inmóvil, como si dudase entre seguir adelante o retroceder sobre sus pasos.

Luego adelantó un poco. La escasa luz que entraba por la ventana, silueteó su desgarrada figura, dibujó los contornos de su flaco cuerpo, los duros y largos rasgos de su cara.

Montgomery y Taylor pudieron verle mejor.

Como se figuraban, era el mayordomo, el pelirrojo del chirlo, el hombre que instigó a Henry Bell a disparar contra el patriarca de los mormones.

También durante unos segundos, permaneció parado en medio de la habitación. Por último, y ante la sorpresa de los agentes especiales, en vez de dirigirse a la ventana, se encaminó a la mesa de trabajo de Sinclair Smith.

No le perdían ojo. ¿Qué se propondría hacer ahora? Como les

daba la espalda, no podían ver lo que hacía. Le oyeron saltar las cerraduras y abrir los cajones de la mesa y hurgar en ellos, revolver los papeles, iluminándose con la linterna eléctrica que había sacado del bolsillo.

Ni Montgomery ni Taylor se figuraban lo que podría buscar allí.

Aunque, indudablemente, el mayordomo parecía buscar algo de verdadero interés para él.

Llenó la mesa de papeles, hasta que, al fin, pareció encontrar lo que buscaba: un papel que se echó al bolsillo con un suspiro de satisfacción.

Tomó la linterna en la mano y recorrió la habitación con su luz.

Montgomery pensó: «Ahora irá a la ventana».

Taylor se dijo: «Amiguito poco te figuras lo que te espera».

El pelirrojo estaba ocupado en guardar los papeles en su sitio. No se entretuvo demasiado en colocarlos en orden. Fue metiéndolos a puñados en los cajones y cerrando éstos según los llenaba.

Concluida esta operación, volvió a coger la linterna y, despacio, de puntillas, dio la vuelta a la mesa.

Había apagado la linterna. Puede que temiese que le vieran desde fuera, por la ventana, ya que no estaban echadas las persianas ni corridas las cortinas.

Los agentes especiales seguían sin perderle de vista. Su conducta resultaba más que sospechosa. ¿Por qué no iba hacia la ventana y trataba de quitar de allí la pistola?

En cambio, parecía encaminarse de nuevo hacia la puerta, y parecía tener prisa por salir del despacho.

Con sus largas piernas, se plantó de un par de zancadas en la puerta.

Puso la mano en el picaporte e iba a abrirla, cuando los agentes especiales decidieron entrar en escena.

Joe Pipper estuvo a punto de caerse del susto, al oír a su espalda:

—Espera un poco, no tengas tanta prisa.

CAPÍTULO VII

Si Joe Pipper, el pelirrojo mayordomo, no hubiese tenido prisa por escapar, seguramente habría obedecido a los agentes especiales. En cambio, hizo todo lo contrario de lo que le ordenaban.

Antes de que Montgomery y Taylor llegasen a su altura, abrió la puerta de un tirón y salió corriendo al pasillo.

Naturalmente, los agentes especiales no se entretuvieron más en intimarle a que esperase. Lo que hicieron fue emprender su persecución con la mejor gana.

Ahora bien, como la casa estaba a oscuras, Joe Pipper les llevaba la ventaja de que conocía mejor el terreno que ellos.

Montgomery tropezó con una silla y se dio un buen golpe en la rodilla. Soltó una maldición y siguió corriendo.

Se imponía alumbrarse el camino. Ahora bien, si el pelirrojo iba armado, le ofrecerían un blanco magnífico para ejercitar su puntería.

De todos modos, se decidió a encender la linterna eléctrica.

Habían perdido de vista al pelirrojo.

Montgomery sacó la linterna del bolsillo y un chorro de luz alumbró su camino.

En el pasillo, delante de ellos, no había nadie. ¿Dónde se habría metido el pelirrojo?

Lo más oportuno sería ir abriendo puerta por puerta. Tendría que estar en alguna de las habitaciones que flanqueaban el pasillo.

—Tú por ese lado —dijo Montgomery, indicando a Taylor las puertas de la izquierda—. Yo por aquí —y se dirigió a las de la derecha.

En una mano llevaban la linterna eléctrica, en la otra, la pistola. Era cosa de ir preparados.

¿Para qué diablos quería el viejo patriarca de los mormones una casa tan grande?

El pasillo parecía interminable. Puertas y más puertas. Habitaciones a un lado y a otro.

Montgomery entró en una y la recorrió con el foco de luz de su linterna. Era un espacioso salón, sobriamente amueblado.

Allí no había nadie. Abandonó la habitación aquélla y entró en otra.

Su primera impresión, nada más acercarse a la puerta, fue la de que dentro de esa segunda habitación sí que había alguien.

Joe Pipper no podía haber ido muy lejos, y si estaba allí...

Abrió la puerta de un puntapié y se echó a un lado. Transcurrieron unos segundos sin que ocurriese nada.

Era cosa de seguir adelante. Introdujo el brazo de la linterna e iluminó la habitación.

Lo primero que vio, fue una cama. Luego, un hombre.

El hombre, de rodillas encima de la cama, con la chaqueta del pijama desabrochada y los pelos revueltos, miraba para la puerta con ojos de espanto.

—¿Quién..., quién es...? —tartamudeó.

Para decir verdad, no miraba con ojos de espanto, sino con un solo ojo. Era Sebastian Manz, el cocinero tuerto.

—¿Has visto a Pipper? —preguntó Montgomery, por toda respuesta.

—¿A Pipper? No, no lo he visto. —Manz, más tranquilo, había reconocido al agente especial—. Estará en su habitación...

De todos modos y por si le engañaba. Montgomery anduvo recorriendo la alcoba del cocinero con el foco de su linterna. Incluso miró debajo de la cama.

No, tampoco estaba allí el mayordomo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el cocinero.

Montgomery le dejó con la palabra en la boca y las dudas rondándole por la sesera. No estaba para perder el tiempo dando explicaciones a nadie.

Más allá, había otra habitación y otra. Fue recorriéndolas una a una.

Taylor tampoco encontraba al fugitivo. Como Montgomery, recorrió las habitaciones del ala izquierda del pasillo.

El caso era que a la calle no podía haberse ido el mayordomo. La única salida de la casa la habían dejado atrás, y el pelirrojo, al abandonar el despacho del patriarca, emprendió la carrera pasillo adelante.

Tenía que estar allí, a no ser que hubiese escapado por alguna ventana.

Sin embargo, en todas las habitaciones que habían entrado, se encontraron con las ventanas cerradas por dentro, y era materialmente imposible que Pipper hubiese saltado por alguna de ellas a la calle, cerrándola después.

Lo de que hubiese huido por alguna ventana había que descartarlo.

Además, quedaban más habitaciones por mirar. Por ejemplo: aquélla a cuya puerta había llegado Montgomery.

Como en las anteriores, la abrió sin dificultad y aguardó unos instantes a ver qué sucedía.

En vista de que nadie daba señales de vida en su interior, volvió a encender la linterna y a iluminar la habitación.

Debía ser un cuarto trastero. Sillas, lámparas, colchones, mesas y algunas camas, en completo desorden amontonadas unas encima de otras, llenaban la habitación casi por completo.

Aquéel era el sitio ideal para esconderse el que quisiera pasar inadvertido, y también el sitio ideal para meterle un puñado de balas en el cuerpo al que pretendiese entrar en la habitación.

De todos modos, Montgomery no se entretuvo en pensar en el peligro que pudiera correr. Ya se sabe: la captura de un criminal siempre entraña peligro.

Pero esta vez hizo algo que no había hecho antes. En lugar de entrar con la linterna en la mano, buscó el interruptor de la luz e iluminó la habitación, echándose la linterna al bolsillo.

La habitación ofrecía un completo desbarajuste. ¿Por dónde empezaría a buscar al pelirrojo?

Se decidió por hacerlo detrás del montón de sillas que casi llegaban al techo. Pipper podía haberse escondido detrás de ellas, o de las mesas, o de los colchones.

Detrás de las sillas no estaba, ni de las mesas.

El agente especial le vio demasiado tarde. Si miraba por la derecha de la habitación, no podía hacerlo por la izquierda.

Por la izquierda salió el pelirrojo, de detrás de la pila de colchones, más feo que nunca, con los ojos inyectados en sangre, los dedos engarfiados y unas ideas muy malas rondándole por la cabeza. Montgomery, ocupado en mirar detrás de las mesas, no se apercibió de su presencia.

Además, el larguirucho del mayordomo andaba con el silencio de un felino.

Y por el andar con el silencio de un felino, pudo llegar a la altura de Montgomery, coger un candelabro de metal que tenía a los pies, levantarlo y dejarlo caer con fuerza sobre el agente especial.

Puede que Montgomery se aperciese, en el último instante, del peligro, o bien que el instinto de conservación le avisó de lo que se le venía encima.

Lo cierto fue que el golpe del candelabro, que le iba derecho a la cabeza, por la sencilla razón de intentar volverse, lo recibió en el hombro.

La consecuencia inmediata fue que el dolor, medio le hizo perder el sentido y que la pistola se le cayó de la mano.

Joe Pipper, enardecido por el éxito de su primera acometida, volvió a levantar el candelabro, y describiendo un semicírculo en el aire buscó nuevamente la cabeza del agente especial.

El porrazo lo recibió la pata de una mesa. Montgomery no estaba dispuesto a recibir más golpes como el primero, y aun cuando no se encontraba en la plena posesión de sus facultades físicas, otra vez el instinto de conservación vino en su ayuda.

Se apartó a tiempo.

Luego, las cosas tomaron un rumbo distinto. Si el golpe con el candelabro había sido de los que hacen época, Montgomery poseía una resistencia a toda prueba.

Cierto que el animal del pelirrojo le había dejado medio baldado el brazo derecho. Sin embargo, le quedaba el izquierdo, y con el izquierdo hacía maravillas.

Por ejemplo: aquello de coger al enfurecido pelirrojo por una pierna, cuando menos se lo esperaba, y hacerle caer al suelo patas arriba. El batacazo resultó morrocotudo.

Sin embargo, cuando un hombre se encuentra en la situación en que el mayordomo se encontraba, suele hacer de tripas corazón,

como se dice.

Volvió a incorporarse de un salto y reanudó el ataque, blandiendo el candelabro.

Tenía el feo aspecto de un demonio. El chirlo se le había vuelto rojo. Torcía los ojos y babeaba.

—Maldito polizonte —decía—. ¿Quién te manda meterte en mis cosas?

Se había propuesto machacarle los sesos a Montgomery con el candelabro, y lo habría conseguido, sin duda, de no haber sido el agente especial lo suficientemente ágil como para quitarse de en medio cada vez que descargaba el golpe.

Poco sitio había en aquella habitación para moverse con libertad. Montgomery pensó, con muy buen juicio que, si no se daba prisa en arrebatar a Pippet el candelabro, no sería extraño que se encontrase, dentro de unos segundos, con la cabeza partida en dos, perspectiva poco agradable para él.

Por eso, y jugándose el todo por el todo, una de las veces que el mayordomo levantaba de nuevo el candelabro, agachándose en brusco e imprevisto ataque, saltó hacia adelante.

Pippet recibió el impacto de su cabeza en el estómago, y como el agente especial tenía la cabeza bastante más dura que el mayordomo el estómago, la consecuencia fue que éste tuvo que retroceder, soltando el candelabro, llevándose las manos a la barriga y prorrumpiendo en ayes e improprios.

Montgomery, buen conocedor de lo que se traía entre manos, ya no le dio respiro.

Detrás del cabezazo, vino lo demás. A cada puñetazo que asestaba al mayordomo, éste soltaba un nuevo quejido y se tambaleaba.

Caían los muebles al suelo con estruendo.

Taylor, que andaba registrando las habitaciones de más atrás, oyó el estrépito y salió corriendo a ver qué sucedía.

En la oscuridad del pasillo resultaba difícil localizar el lugar de la pelea.

También el tuerto cocinero había saltado de la cama y corría por el pasillo a ver qué sucedía.

Cuando llegaron ante la puerta del cuarto trastero, no vieron a nadie. Simplemente, sillas, mesas, colchones y un sinfín de trastos

inútiles en completo desorden.

Taylor llamó:

—Montgomery, ¿estás ahí?

Había cesado el estruendo. Nadie contestó. Taylor miró al cocinero y el cocinero miró a Taylor.

Insistió el agente especial:

—Montgomery, ¿dónde te has metido?

Por entre las sillas, las mesas y los colchones, se escuchó un ligero ruido. Luego, vieron aparecer la cabeza de un hombre lleno de arañazos y moraduras.

—Ahí está —graznó el tuerto.

Entre el tuerto y Taylor se dedicaron a quitar de en medio mesas, sillas y demás trastos.

A poco, vieron a Montgomery con un par de sillas sobre las piernas, incorporándose trabajosamente.

—¿Estás herido? —preguntó Taylor.

—Sí, creo que sí, anda, ayúdame a levantarme.

Cuando se disponían a levantarlo, vieron los pies de otro hombre. Un par de colchones le habían caído encima.

El tuerto apartó los colchones y miró al caído. Exclamó, asombrado:

—¡Sí es Joe!

Joe Pipper, el pelirrojo, desvanecido, no se daba cuenta de nada. No habían sido los colchones los que le dejaron inconsciente, sino el contundente puño izquierdo de Alan Montgomery.

—¡Sí es Joe! ¿Qué ha hecho?

Taylor se volvió a él, le miró muy serio y afirmó:

—Casi nada, amigo. El tipo ese es el verdadero asesino del patriarca.

A poco más se desmaya también el tuerto. No, no podía ser que Joe fuese un asesino. Además, ¿no decían que al asesino de Sinclair Smith lo habían encontrado muerto en la vía del tren?

Aquello era algo que no acababa de comprender.

—No comprendo —dijo.

—Déjate de eso ahora y ayúdame a sacar a éste de aquí —gruñó Taylor.

Éste era el mayordomo. Montgomery no necesitó ayuda para levantarse, aunque tenía todo el cuerpo lleno de moraduras y el

hombro le dolía horriblemente.

Entre el golpe de Pipper con el candelabro y los que había recibido de sillas, mesas y demás trastos que habían ido cayéndole encima, se encontraba en condiciones más de meterse en la cama que de otra cosa.

Pero quería acabar con aquello antes de ir a que le curasen las fracturas, moraduras y arañazos.

Aun cuando apenas podía consigo mismo, ayudó, en la medida de sus escasas fuerzas, a sacar a Joe Pipper de la habitación.

De allí, lo metieron en la más próxima, y el tuerto cocinero se encargó de traer una jarra con agua bien fresquita, que Taylor dejó caer encima de la cara del mayordomo.

Ya se sabe: el agua fresca es un medio bastante práctico de hacer recobrar el conocimiento al que lo ha perdido momentáneamente.

Joe Pipper no iba a ser una excepción. Bastaron un par de jarros para que abriese los ojos y mirara en derredor con cara de espanto.

Allí, mirándole, esperando a que abriese los ojos y recobrar el conocimiento, estaban los dos agentes especiales del FBI y el cocinero.

El tuerto repetía algo así como: «No puede ser, no puede ser».

Los agentes especiales no decían nada. Uno de ellos, el que se había peleado con él, con la cara llena de arañazos y moraduras, tenía un gesto de dolor.

El otro fue el que primero habló:

—Supongo que no tendrás inconveniente ahora en confesar tu crimen, Joe Pipper.

—¿Mi crimen?

Joe Pipper estaba pálido, pero palideció más. Como le habían dejado en el suelo, se incorporó, y sentado, con las manos por delante, suplicante, repitió:

—¿Mi crimen? No entiendo...

Taylor se rió. Tenía gracia. Raro es el asesino que confiesa su delito de primera intención.

—Habrás que apretarte las clavijas para que entiendas —respondió—. ¿A quién más que a ti se le iba a ocurrir eso de la pistola en el montante de la ventana y el mecanismo para que disparase al sonar las doce campanadas en el reloj del gran Temple Block?

Joe Pipper ponía una cara muy rara. Hacía, también, unos raros ruidos guturales y meneaba la cabeza, negando.

—No sé nada de eso, no sé nada de eso —gritó.

—Entonces, ¿para qué has entrado al despacho del patriarca esta noche?

Pasándose la mano por la cara, el pelirrojo volvió los ojos a Montgomery, pero no respondió a su pregunta. Volvió a quejarse:

—Yo no he hecho lo que dicen. Jamás he tenido una pistola en mis manos.

—No eres tan tonto como parece —continuó el agente especial—. ¿Qué perseguías con asesinar al patriarca?

—Joe es incapaz... —Metió baza el cocinero.

—¿Incapaz de qué? —saltó Montgomery.

—De matar una mosca.

Quien rió esta vez fue Montgomery. Tenía gracia eso de que el pelirrojo era incapaz de matar a una mosca. Que se lo dijese a él cuando lo del candelabro. Estuvo en un tris que le abriese la cabeza.

—Mira —dijo tan sólo, y enseñó al cocinero el hombro quebrantado.

Pipper gritaba su inocencia:

—Es falso, es falso —decía—. Yo no he matado a nadie, ni sé de qué me hablan.

—Entonces, ¿para qué entraste en el despacho del patriarca? ¿Qué buscabas en su mesa?

La primera bofetada de Taylor volvió a tumbarle en el suelo. Taylor era menos mirado que Montgomery en eso de emplear las medidas extremas para arrancar su confesión a los delincuentes.

Y no se conformó con darle sólo un bofetón, sino que, cogiéndole por los hombros le levantó del suelo y volvió a aplicarle un segundo mamporro con la izquierda.

Joe Pipper estuvo a punto de volver a perder el conocimiento. Los ojos le hacían chiribitas, mientras Taylor afirmaba:

—No te va a servir de nada el que te obstines en callar. Te arrancaré la piel a trizas.

Naturalmente, que no llegaría a tanto como arrancarle la piel a trizas, pero con una buena tanda de mamporros como los que acababa de atizarle, puede que Pipper no volviese a contarle.

Y como Pipper era persona razonable en el fondo, decidió cantar

de plano:

—Miren —dijo—, a esto entré al despacho del patriarca.

Con mano temblorosa, sacó del bolsillo un papel y se lo alargó al agente especial Taylor.

Éste lo cogió y lo desdobló. Estaba escrito a mano, con una letra picuda, grande e irregular. Abajo, una firma: «Joe Pipper».

—¿Lo has escrito tú? —preguntó Taylor.

Pipper contestó con un sí que pareció salirle de la suela de los zapatos, de tan bajo que lo dijo.

Le bastó a Taylor una ojeada al papel para enterarse de su contenido.

Joe Pipper no era tan buena persona ni tan honrado como pretendía el tuerto cocinero. En aquel papel se confesaba autor del robo de unos centenares de dólares pertenecientes al culto de los mormones, y también se comprometía a devolverlo al patriarca en el plazo de seis meses.

—Comprendo —comentó Taylor, al tiempo que alargaba el papel a Montgomery para que lo leyese—. Sin duda, el patriarca le sorprendió con las manos en la masa y no quiso denunciar el robo. Te dio la oportunidad de devolver el dinero. Tú, en cambio, como no estabas dispuesto a devolverlo, pensaste que mejor sería asesinar al patriarca y apoderarte luego del documento comprometedor.

Precisamente debido a la condición de Sinclair Smith los agentes especiales no registraron los cajones de la mesa del patriarca. Caía fuera de sus atribuciones. Sólo una autoridad religiosa como él podría hacerlo. Quien le sustituyese en el cargo, Jameson.

Protestaba Joe Pipper:

—Eso no es cierto. Yo nunca pensé en asesinar al patriarca. Jamás lo hubiese hecho. Fue una mala tentación el robar los doscientos dólares. Pensaba devolverlos...

—Ahora dirás que también fue una mala tentación el que entrases al despacho del patriarca para apoderarte de este papel —intervino Montgomery.

—Me asusté y quise hacerlo desaparecer —gritó Pipper—. Tienen que creerme.

De rodillas en el suelo, tenía un gesto de súplica.

—¿Y cuando me golpeaste con el candelabro...?

Levantó los ojos y miró a Montgomery. Encogiéndose de

hombros, respondió:

—Estaba loco y no sabía lo que hacía. Ya ven, pude romper el papel y no lo hice. Sólo pensaba en escapar y ni siquiera se me ocurrió saltar por una ventana a la calle.

En eso llevaba razón, sin embargo, no acababa de convencer a los agentes especiales.

El mismo papel era una prueba de su crimen. Incapaz de devolver el dinero que había sustraído, no pensó más que en matar al patriarca. Aunque, si no tenía esos centenares de dólares, ¿cómo pudo regalar a Henry Bell el reloj de oro? Seguramente, lo había sustraído también a su legítimo propietario.

—¿De dónde sacaste el reloj para dárselo a Henry Bell?

—¿El reloj? ¿Qué reloj?

—No te hagas de nuevas, y no nos hagas perder el tiempo...

Taylor levantaba el puño para descargarlo sobre el mayordomo, pero no lo hizo. Algo imprevisto cambió bruscamente los acontecimientos: un grito.

Un grito de mujer que les puso a todos en conmoción.

—Ha sido Josephine —aseguró el mayordomo, olvidándose momentáneamente de su problema.

También Montgomery pareció olvidarse bruscamente de sus males. Sin esperar a más, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

Detrás de él, sin que nadie le ordenase hacerlo, el tuerto cocinero trató de ver qué sucedía.

Taylor hubiese querido seguirles también, pero refrenó sus deseos de emprender la carrera para averiguar qué había motivado el grito en la estupenda secretaria de Sinclair Smith.

Cogió a Joe Pipper por el cuello de la americana y dijo:

—Tú y yo nos quedaremos aquí, ¿verdad, amiguito?

El amiguito, el pelirrojo, asintió con la cabeza. Después de todo, no le quedaba otro remedio que avenirse con lo que ordenara el agente especial, aunque le hubiese gustado saber por qué había gritado la muchacha de aquel modo...

CAPÍTULO VIII

Aquella noche, Josephine se acostó temprano, como de ordinario. Sus habitaciones estaban situadas encima del cuarto trastero, o sea en el primer piso de la casa.

Abajo, dormían, aparte del patriarca de los mormones, el mayordomo, el cocinero y el pequeño y regordete conserje.

Ella tenía sus habitaciones separadas de las de los hombres.

Para descender al piso bajo no era necesario salir a la calle. El piso alto comunicaba con el bajo por una escalera inferior.

Empezaba a conciliar el sueño la muchacha, cuando oyó un ruido por abajo, y se despabiló.

¿Qué era aquello?

Prestó más atención. Daba la sensación de que estuvieron peleándose por el cuarto trastero. Se oían caer los muebles al suelo.

No es que fuese excesivamente curiosa, pero estaban ocurriendo cosas que despertarían la curiosidad del menos propicio a dejarse arrastrar por el deseo de enterarse de los sucesos que ocurrieran en su alrededor.

Indudablemente, alguien se peleaba por abajo, y fuese lo que fuera, había que averiguar qué estaba sucediendo.

Saltó de la cama y, sobre las ropas de dormir, se puso una bata, se calzó unas zapatillas y fue a ver qué sucedía.

La escalera que conducía al piso superior tenía su iniciación en el vestíbulo. Más allá, se encontraba el despacho del patriarca.

Sin pararse a pensarlo, la muchacha bajó la escalera y llegó al vestíbulo.

Para llegar al cuarto trastero, tenía que pasar por delante del despacho del fallecido Sinclair Smith.

Iba a seguir adelante, atraída por el ruido que se oía en el cuarto

trastero, cuando otro ruido le llamó la atención. Ese ruido provenía del despacho del patriarca.

Dudosa, se detuvo ante la puerta, sin decidirse a seguir adelante o entrar.

Además, en el cuarto trastero habían cesado los ruidos. Una fuerza instintiva o irresistible la inducía a entrar al despacho de Sinclair Smith.

Puso una mano en el tirador y lo hizo girar suavemente. La puerta estaba abierta. No tenía más que empujarla y vería quién andaba por dentro.

Esta vez sí sentía curiosidad. A aquellas horas no tenía por qué haber nadie en el despacho.

Fue empujando la puerta poco a poco. Y lo que vio le extrañó mucho más. Un hombre, subido en una silla, estaba manipulando en la galería de madera de encima de la ventana.

Al abrir la puerta ella, el hombre dejó de hacer lo que estaba haciendo y volvió la cabeza para ver quién entraba.

—¡Ah! ¿Es usted, Josephine? —dijo—. Pase y no se quede ahí.

Por la ventana, abierta de par en par, la interminable procesión de las estrellas venían caminando desde la lejanía.

Pasó la muchacha, dominada por la curiosidad.

—¿Qué hacía usted ahí? —preguntó.

El hombre se echó a reír, forzosamente, nervioso.

—Nada —respondió—. No hacía nada. La galería, que está torcida.

Miró la muchacha para la ventana. La galería no estaba torcida. Además, le había visto hurgando por detrás de ella.

—No comprendo cómo está usted aquí ahora —comentó la muchacha, mientras adelantaba unos pasos dentro de la habitación.

Dejándose llevar por la curiosidad, quería averiguar qué podría haber detrás de la galería de madera.

El hombre había saltado al suelo y la miraba inquisitivo, apoyado con una mano en el respaldo de la silla. A las dudas de la muchacha, contestó con un encogimiento de hombros.

En vista de que no parecía dispuesto a darle explicaciones acerca de los motivos de su presencia allí, Josephine continuó adelante.

El hombre seguía en pie, frente a ella y apoyado en la silla. Sólo la ligera contracción de los músculos de su cara demostraba su

contrariedad por la inoportuna llegada de la muchacha.

Conque hubiese tardado un par de minutos en llegar, le habría dado tiempo a quitar la pistola, con el mecanismo de disparo, de detrás de la galería de la ventana.

Había venido a perturbar sus planes. De nada le había servido esperar el momento oportuno para entrar allí sin que le viesan.

Tuvo necesidad de romper un cristal de la ventana para abrir ésta y saltar al despacho desde la calle. Y ahora la maldita chica...

Además, si dejaba que viese aquello, iría contándoselo a todo el mundo. Iría a decírselo en seguida a los agentes especiales del FBI, y también les diría que le había visto a él subido en la silla.

La muchacha no se fijó en cómo se le crispaban los dedos en el respaldo de la silla, ni en el brillo de sus ojos ni en la palidez de su rostro.

Seguía avanzando, obsesionado con la idea de ver qué había detrás de la galería de madera.

El hombre, en medio, le estorbaba para verlo.

—Está derecha —dijo ella.

—Ahora sí, pero antes no.

Se había hecho a un lado el hombre para que pudiera acercarse más a la ventana, dejándole paso.

También apartó la silla de en medio. Josephine levantó la cabeza y miró para arriba. El hombre, a su espalda, la dejaba hacer, en silencio.

Ahora ya no le importaba que viese aquello. Lo viera o no, constituía un serio peligro para su seguridad. En cuanto dijese a los del FBI que le había encontrado subido en la silla, se figurarían lo ocurrido.

¿No querían saber de dónde había salido la cuarta bala, la que fue a incrustarse en la cabeza de Sinclair Smith?

Ella les pondría en camino de averiguarlo y también de saber quién era, en realidad, el verdadero asesino del patriarca.

Allí la tenía, al alcance de sus manos, confiada...

Seguía dándole la espalda, mirando para arriba. Y ahora no se atrevía a moverse ni a decir palabra. Al ver la pistola detrás de la galería de madera había caído en la cuenta de lo sucedido.

Al igual que el resto del personal, sabía lo de la cuarta bala, y en aquel momento, también, quién era el asesino del patriarca.

Le tenía a su espalda.

El silencio de la habitación empezó a gravitar sobre ella, y unos deseos locos de gritar le asaltaron de pronto.

El instinto le avisaba del peligro y el miedo le impedía moverse.

—Ya lo has visto, ¿verdad? —gritó él, con voz ronca.

Había ido acercando sus manos al cuello de la muchacha. De pronto, ella sintió el frío contacto de unos dedos en la garganta, y el grito que pugnaba por escapársele hacía rato le salió angustioso, infrahumano.

El asesino hizo un dogal de sus dedos en torno a la garganta de la muchacha. Apretó sin compasión, mientras ella trataba, sin conseguirlo, escapar de sus manos.

Luchó con desesperación, trató de liberarse del dogal que la asfixiaba y cayó al suelo, arrastrando al hombre en la caída.

Éste no la soltó. Siguió apretando y apretando. Josephine, de bruces en el suelo, ya no le resistía.

Alguien venía corriendo por el pasillo. Soltó su presa y se incorporó de un salto.

El grito de la chica había llamado la atención de los que andaban por la casa. No era posible seguir más tiempo allí, sin exponerse a que le vieran.

Había que huir cuanto antes, incluso dejando la pistola detrás de la galería de madera.

Claro que la chica ya no les iría con el cuento a los del FBI.

La miró y la vio inmóvil. Sonrió. Un testigo menos. Josephine había dejado de ser peligrosa para él.

Trabajosamente, se encaramó al alféizar de la ventana y antes de que entrasen al despacho los que andaban hurgando en la puerta, saltó a la calle.

Luego, emprendió la carrera en la oscuridad...

Detrás del agente especial Alan Montgomery, al oír el grito de Josephine, salió trotando el tuerto cocinero de Sinclair Smith.

—Ha sido Josephine —repitió, mientras corría.

Y el caso era que el grito se había oído por allí cerca y no en el piso de encima, en el despacho del patriarca.

Al menos, hacia allí corría el agente especial.

El tuerto, por más que trotaba, no conseguía darle alcance.

Otra cosa que tampoco comprendía era cómo el agente especial

podría correr de ese modo estando medio baldado como estaba.

Lo primero que vio fue a la chica, tendida en medio de la habitación y la ventana abierta de par en par. Se figuró lo ocurrido.

Joe Pipper no era el asesino. El asesino había estrangulado a la muchacha, escapándose después por la ventana.

De un par de zancadas estuvo él también junto a la ventana. Miró para afuera y, a lo lejos, vio a un hombre corriendo en la semioscuridad de la calle.

Distinguía sólo una silueta confusa.

Decidió correr en su persecución, y sin acordarse del hombro magullado, apoyó una mano en el alféizar para subir a la ventana.

Un dolor agudo e insoportable le impidió hacerlo. No, no podía subir a la ventana, y el asesino iba a escapárseles.

Acabaría perdiéndose en la distancia, si antes él no lo impedía.

Para impedirlo, no contaba más que con un medio, precisamente el más expeditivo.

En otra ocasión y en otras circunstancias, no hubiese hecho uso de él, pero en aquélla, no le quedaba más remedio que emplearlo.

El tuerto del cocinero llegó a tiempo de verle sacar la pistola y dispara hacia afuera desde la ventana.

Lo que no vio fue como el que huía se detuvo en seco y se apoyó en la pared. Indudablemente, Montgomery había hecho blanco en él.

No siguió disparando. Todavía miró un instante por la ventana y vio como el fugitivo seguía apoyado en la pared, una sombra más oscura en las sombras de la noche.

Volviéndose de pronto, Montgomery se encaró con el cocinero y le ordenó:

—Cúidese de la chica. Mire a ver si es posible hacer algo por ella. Avise a un médico. Yo voy a detener al asesino.

Ahora no se apoyó en el alféizar de la ventana. Le sería imposible saltar por allí. Decidió salir a la calle por la puerta de entrada.

Abandonó el despacho precipitadamente, cruzó el vestíbulo, abrió la puerta y salió a la calle.

Steven Taylor no quería seguir inactivo, pero tampoco quería que pudiera escapárseles el pelirrojo.

¿Qué sucedería para que la estupenda secretaria de Sinclair

Smith hubiese gritado de ese modo?

—Vuélvete de espaldas —ordenó al pelirrojo, que le miraba con cara de susto.

—¿Qué va a hacerme? —gimió.

—Vuélvete y calla.

No iba a hacerle nada reprochable, claro está. Simplemente, atarle las manos a la espalda, no fuera a darle alguna mala idea.

Se las ató con su cinturón de cuero y luego le ordenó:

—Anda delante de mí.

Iba temblando el pelirrojo, y un sinnúmero de pensamientos, a cuál más tétrico, le asaltaban.

Le empujó Taylor para que fuese más de prisa, y al llegar ante la puerta del despacho de Sinclair Smith vieron a la muchacha en el suelo y al cocinero a su lado.

Joe Pípper era hombre sensible ante la desgracia ajena. Al ver a la chica en semejante situación, gritó, alarmado:

—¡La han matado!

Taylor le empujó nuevamente hacia un sillón y le obligó a sentarse.

—Ahí quieto —dijo—. No te muevas para nada.

No, no se movería para nada. Ya sabía cómo las gastaba. Habían bastado un par de mamporros para cerciorarse de la dureza de sus puños, y no quería seguir comprobándolo.

—¿Está muerta? —preguntó Taylor al cocinero.

Éste asintió:

—Sí, creo que sí, aunque de estas cosas entiendo poco.

Si la chica no estaba muerta, le faltaba poco. En derredor del cuello, se le veían las moraduras que le había hecho el asesino con los dedos.

Taylor se arrodilló a su lado y ordenó al tuerto:

—Avisa a un médico. Dese prisa.

Corrió el cocinero a hacer lo que le ordenaban. Precisamente unas manzanas más allá, vivía el doctor Masón, pero no tuvo que molestarse en ir a buscarle. Le llamó por teléfono, y el doctor prometió acudir en seguida.

—Y mi compañero, ¿adónde ha ido? —quiso saber Taylor.

—En busca del asesino —el cocinero se consideraba persona importante—. Cuando llegué aquí, le vi disparando desde la

ventana.

—Ya he oído los disparos —gruñó Taylor—. ¿Y después?

—¿Después? Ya le digo, salió a buscar al asesino. Creo que lo había herido. Ahí vienen...

Volvieron los ojos para la puerta. Incluso Joe Pipper. Esperaban ver entrar a Montgomery acompañado del desconocido asesino, pero a quien vieron llegar fue el agente especial.

Venía jadeante, pálido. Se recostó en la pared y les miró en silencio.

—¿Cómo vienes solo? —preguntó Taylor—. ¿Y... el asesino?

Otro silencio. Montgomery echó a andar en dirección a la chica, sin contestar.

Al llegar a su altura, preguntó:

—¿Está... muerta?

—¿Y el asesino? —insistió Taylor.

Montgomery se arrodilló junto a la muchacha y le cogió una mano entre las suyas. Comprobó que el pulso, débilmente, le latía.

—Hemos llamado a un médico. Está al llegar —dijo el tuerto.

Al agente especial también le hacía falta un médico. Tenía magullado todo el cuerpo.

Levantó la cabeza y miró en derredor. Allí estaba el pelirrojo mayordomo, el cocinero tuerto, y la chica, pero faltaba alguien.

Encarándose con el tuerto, preguntó:

—¿Y el portero, adonde ha ido?

El tuerto miró al pelirrojo, y el pelirrojo miró al tuerto. Inquirió el primero:

—¿Le has visto tú, Joe?

—Yo no, ¿y tú?

Tampoco el tuerto había visto en toda la tarde al pequeño y regordete portero.

Ambos se encogieron de hombros, y respondió el primero:

—Robert suele salir poco. Miraré a ver si está en su habitación.

Robert Stone, el portero, no estaba en su habitación, y ni siquiera se había acostado. La cama aparecía sin deshacer.

—¡Lástima que ella no pueda decirnos quién es el hombre que ha intentado asesinarla! —Montgomery señalaba a la muchacha—. Sin embargo, debe ser alguien conocido, alguien que tenía que pudiera decirnos que le había visto aquí. Por ejemplo, el portero.

Sí, era sintomático que el portero hubiese salido de casa aquella noche, y que no hubiese vuelto aún.

Además, el portero era una de las pocas personas que podría haber colocado la pistola detrás de la galería de la ventana, sin que le viesen.

—¿Y el asesino? —volvió a preguntar Taylor.

Esta vez Montgomery sí contestó:

—Se ha escapado —dijo—. Pero va herido. Le alcancé con alguno de mis disparos. He visto un charco de sangre en el sitio donde se paró. Si no hubiese sido por esto mío del hombro le habría atrapado y...

El timbre de la puerta interrumpió sus quejas.

Era el médico. Entre el tuerto y Taylor habían acostado a la chica en un sofá.

—¡Hum! —Gruñó el doctor al ver a la muchacha—. ¿Quién le ha hecho eso?

—Lo sabemos igual que usted, doctor. Un hombre, un asesino —a Montgomery le costaba trabajo hablar—. Ya le atraparemos, pero ahora díganos, ¿cómo está ella? ¿Cree usted que podrá... hablar pronto?

—¿Hablar pronto? —Masón se extrañó de que le hiciesen semejante pregunta—. Si consigo salvarla —añadió—, no podrá articular palabra hasta pasados unos días. Le han apretado en firme. Y a usted, ¿qué le pasa?

Montgomery apenas podía tenerse en pie.

—Nada de importancia. Ocúpese de ella, lo necesita más que yo.

Retrocedió unos pasos y se dejó caer en un sillón. Cerró los ojos y pensó en muchas cosas, para olvidar sus dolores.

Pensó en que, si no hubiese sido por lo suyo del hombro, en aquellos momentos tendrían al asesino de Sinclair Smith en sus manos, en la fatalidad de que Josephine no pudiera hablar hasta pasados unos días, y en la sospechosa ausencia del portero.

—A ver qué es eso suyo.

Entre el doctor Masón y Taylor le despojaron de la americana. Luego le rasgaron la camisa.

Al ponerle el doctor la mano en el hombro, dio un respingo.

Dolía a rabiar.

Montgomery palideció aún más de lo que estaba. Apretó los

dientes para no gritar.

—Tengo la impresión de que hay algún hueso roto —diagnóstico el doctor—. Tendrá que hospitalizarse.

Negó el agente especial con la cabeza, y habló entre dientes:

—Arrégleme eso como pueda. Antes de hospitalizarme he de atrapar al asesino, y no querrá que intente hacerlo con el hombro, escayolado.

Masón no quería nada. Sacó, gruñendo, unos rollos de vendas que traía en el maletín de curas, y le vendó el hombro lo mejor que pudo. Al diablo todo. Si no iban a hacerle caso, ¿para qué le habían llamado?

La chica casi seguro que se salvaría, aunque le habían apretado con muy buena gana la garganta. Un poco más, y no lo hubiese contado.

—Después de todo, ha tenido suerte —monologó, expresando sus ideas en voz alta—. Volveré mañana a primera hora.

Prefirió callar el agente especial. Además, puede que ni lo hubiese oído. Seguía pensando en la fuga del asesino herido, y en la sospechosa circunstancia de la ausencia de Robert Stone, el portero.

CAPÍTULO IX

Estaba diciendo a Taylor que sería cosa de cursar las órdenes oportunas para la detención de Robert Stone, cuando Joe Pipper, que seguía en el sillón con las manos atadas a la espalda, anunció:

—Ahí está.

Montgomery y Taylor le miraron interrogantes. Preguntó el primero:

—¿Quién está ahí?

Se oían pasos por el vestíbulo.

Gruñó Pipper:

—Robert. ¿Quién quieren que sea?

Saltó Montgomery del asiento. Robert era el portero, y si el portero era el asesino, ¿cómo volvía a meterse en la boca del lobo, como se dice, por propia voluntad?

La puerta del despacho seguía abierta, y vieron recortarse en el umbral la maciza silueta del portero. Miró adentro, no dijo nada, y adelantó un par de pasos, tambaleándose.

Traía la cara y las manos sucias de sangre. Venía hecho una verdadera lástima.

La primera impresión que producía era la de estar herido de consideración, con su andar incierto y sangrando.

Se detuvo en medio de la habitación y miró a unos y a otros con un gesto ambiguo.

—¿Qué pasa? —preguntó, ceceante.

Como nadie le contestase, soltó una carcajada, se pasó un dedo por la nariz, y dijo:

—¿Es que no me conocéis? Pues soy Robert, Robert Stone —a cada palabra, hacía una pausa e hipaba ruidoso.

Montgomery se le acercó y, cogiéndole por las solapas de la

americana, le preguntó:

—¿Dónde te han herido?

—¿Que dónde me han herido? Eres muy gracioso, amigo. A mí no me ha herido nadie. Bueno, puede que el tipo ese con el que he peleado me haya arañado. No es nada, no te preocupes.

Montgomery se preocupaba, no porque las heridas de Robert Stone careciesen o no de gravedad, sino porque lo que venía era borracho como una cuba, y porque tenía que descartar la posibilidad de que fuese el asesino de Sinclair Smith. Robert Stone era demasiado torpe para que se le hubiese ocurrido aquello de la pistola de detrás de la galería de la ventana.

El asesino tenía que ser alguien mucho más inteligente que él. Alguien que...

De un empujón, apartó al borracho de su lado, y se encaró con Taylor:

—Escucha, Steven —pidió, temblándole la voz—. ¿Recuerdas exactamente lo que nos dijo Henry Bell cuando fuimos al «Canadian Club» a detenerle?

—No comprendo.

Montgomery estaba visiblemente alterado. Levantó la voz y fue repitiendo lo que Henry Bell les dijera del hombre que le había instigado a asesinar a Sinclair Smith.

—«Es un tipo extraño, pelirrojo, larguirucho y flaco. Tiene una cicatriz en la mejilla derecha, y las cejas muy pobladas» —calló de pronto, sacó la pitillera, se puso un cigarrillo en la boca, lo prendió, y continuó, ante la expectación de los circunstantes—: Dijo algo más, ¿recuerdas, Taylor?

Taylor no recordaba que Henry Bell hubiese dicho más que aquello.

—Dijo eso, que era pelirrojo, larguirucho y flaco, y lo de las cejas pobladas...

Montgomery, pasándose la mano por la frente, como para concretar sus ideas, le interrumpió:

—Afirmó también que debía padecer de los nervios, que casi siempre estaba moviendo los hombros. ¿Te figuras ahora quién puede ser el asesino?

Esta vez fue Taylor quien se pasó la mano por la frente. A Montgomery se le ocurrían ideas muy peregrinas.

—De momento —aseguró— no recuerdo conocer a más pelirrojos con cicatrices en la cara que a ése —señalaba a Joe Pipper—. Pero creo que no tiene nada de nervioso, y que me ahorquen si...

—¿Y por qué tiene que ser pelirrojo? Es fácil teñirse el pelo del color que se quiera, e incluso ponerse una peluca. En cuanto a la cicatriz de la cara, tampoco es difícil simular una, donde se quiera, sin que los demás adviertan su falsedad.

Creo que empiezo a entenderte —dijo Taylor—. Te figuras que el asesino es...

—Calla. —Montgomery no quería que Joe Pipper ni los otros supieran de quién sospechaban—. Vámonos. Puede que lleguemos a tiempo de atraparle aún.

—¿Y yo...? —gritó Joe Pipper.

Taylor se volvió a él antes de abandonar el despacho, y contestó:

—Seguirás ahí hasta que volvamos. Tú —se dirigió al tuerto— cuida de que no se mueva de donde está. Aunque no sea el asesino de Sinclair Smith, tiene una cuenta pendiente con la Justicia, y habrá de pagarla.

Asintió el tuerto con un gruñido, y Robert Stone, el pequeñajo y regordete portero, que había aprovechado, para emborracharse, la circunstancia de no tener quien vigilase sus actos aquellos días también pareció despedirles con un sonoro ronquido.

Despatarrado en un rincón, dormía la borrachera...

La muchacha, todavía en el sofá, respiraba trabajosamente, pero respiraba, que no era poco. Como decía el doctor Masón, «de buena había escapado».

—Ahí es —advirtió el agente especial Montgomery.

Saltaron a tierra, del coche que les había conducido hasta allí, y se encaminaron presurosos a la casita aquella de dos pisos, un tanto aislada de las demás que la rodeaban, en las proximidades del parque Liberty.

Dentro de la casa, y a pesar de la hora tan avanzada de la noche, había luz.

Taylor pulsó el timbre de la puerta, y esperaron a que salieran a abrirles.

Tardaron unos minutos en hacerlo. Una mujer que se parecía extraordinariamente al hombre al que iban a buscar. Posiblemente

era su hermana.

Ni Taylor ni Montgomery se anduvieron con explicaciones. El primero sacó su placa del bolsillo, y dijo:

—Del FBI.

Entraron sin más, echando a un lado a la mujer, que sólo hacía abrir mucho la boca y pestañear muy de prisa.

Al fondo del pasillo, una luz. Sin duda, la de la habitación donde estaba el asesino, la que se veía desde la calle.

Para allá encaminaron sus pasos, seguidos de la mujer, que parecía asombrada o asustada de los bruscos modales de los visitantes.

—¿Quién llamaba? —preguntó un hombre, desde la habitación de la luz.

No le dieron tiempo a la mujer a contestar. Empujaron la puerta y se plantaron en el umbral.

—Nosotros, señor Jameson. ¿No nos esperaba?

El señor Jameson, metido en cama, primero pareció sorprenderse de la visita, luego sonrió y respondió:

—Si quieren que les diga la verdad no les esperaba, pero sean bienvenidos. En mi casa siempre serán bien recibidos, aun cuando, como en este caso, me encuentre indispuesto.

—Gracias. —Montgomery sonreía también—. ¿Cuál es su enfermedad, señor Jameson?

El sustituto de Sinclair Smith en el patriarcado de los mormones, puso cara de circunstancias.

—Me duele la espalda —contestó—. He debido coger frío.

Parecía el hombre de la conciencia más tranquila del mundo. Únicamente acusaba su nerviosismo por el movimiento de los hombros.

Montgomery y Taylor se acercaron más a la cama, poniéndose cada uno a un lado de la misma. Cambiaron una mirada de inteligencia.

Taylor dijo:

—Yo entiendo algo de medicina, señor Jameson. Déjeme que le vea...

Bruscamente, tiró, para abajo, de las ropas de la cama, y bruscamente, también desapareció la complaciente sonrisa de los labios de Jameson.

Tenía el pijama manchado de sangre por el brazo.

—¿Y esa herida, señor Jameson? —Montgomery sonreía ahora.

Ya no le cabía duda: Jameson era el asesino de Sinclair Smith.

Movido por la ambición de alcanzar el patriarcado de los mormones lo antes posible y a costa de lo que fuera, indujo a Henry Bell a cometer el asesinato, pero antes preparó la pistola detrás de la galería de la ventana. Quería estar seguro de que Sinclair Smith moriría...

—¿Y su famosa peluca pelirroja? —inquirió Taylor—. Una bonita jugada, señor Jameson. Joe Pipper ha estado a punto de pagar el crimen cometido por usted...

Les miraba en silencio, fruncidas las cejas y con la boca apretada. De pronto, protestó:

—No les comprendo. Ignoro de qué me hablan. Esta herida, me la ha hecho alguien a quien no denunciaré. Y en cuanto a esa peluca...

Es inútil que se obstine en negar, señor Jameson —le interrumpió Montgomery—. Están sus huellas dactilares en la pistola. Cuando la puso detrás de la galería de la ventana tuvo buen cuidado de evitar que quedasen impresas en el arma, en cambio, ahora...

La mujer que les había abierto la puerta, en un rincón de la habitación, les observaba en silencio. Puede que aquello fuese también una sorpresa para ella.

—En cambio ahora —repitió Montgomery—, esta noche, cuando ha ido a llevarse la pistola, ha dejado bien marcadas sus impresiones digitales en el arma. Será suficiente para condenarle. Además...

—Además, ¿qué? Levanten los brazos, Anne, desármales.

Jameson era un tipo de cuidado. Claro que no podían figurarse que tuviese la pistola a su lado, entre las ropas. Inesperadamente, sacó el brazo sano y les amenazó con el arma.

La sonrisa torcida, cruel, había vuelto a sus labios. Movía los hombros más de prisa que nunca.

La mujer, con una voz en la que se reflejaba todo su terror, tartamudeó:

—¿Qué has hecho, hermano?

—No te importa. Desármales. Vamos —se dirigió a los agentes

especiales—: Levanten los brazos.

Taylor y Montgomery pensaban a marchas forzadas. El tipo aquel era capaz de asesinarles a los dos. Había que jugarse el todo por el todo.

Y el todo por el todo se lo jugó Taylor. Al tiempo que se agachaba repentinamente, cogía, con una mano, el edredón de plumas que Jameson tenía sobre la cama.

La inesperada reacción del agente especial sorprendió al asesino. Disparó la pistola, pero las balas fueron a clavarse en la pared.

No le dieron tiempo más que para apretar dos veces el disparador. Luego, algo se le vino encima, algo que le ahogaba, impidiéndole moverse: el edredón de plumas.

Detrás del edredón de plumas, unos brazos le aplastaron materialmente contra la cama: los de Taylor.

No hizo falta que Montgomery tomase parte en la contienda. Taylor se bastó y sobró para desarmar a Jameson en un par de segundos, y aun para dejarle en condiciones de que no volviera a intentar nada contra ellos.

La mujer, la hermana de Jameson, lloraba en un rincón.

—Y ahora que estamos más tranquilos, señor Jameson —dijo Taylor—, va usted a confesarnos cómo se le ocurrió la idea de asesinar a Sinclair Smith. ¡Ah! Y tengo que darle otra noticia. Afortunadamente, la secretaria de Smith no ha muerto. Será un buen testigo de cargo contra usted...

Jameson, con la cabeza en la almohada, cerró los ojos. Al cabo del rato, murmuró:

—Es inútil seguir negando. Cierto, yo puse la pistola detrás de la galería de la ventana e ideé lo del disparador electrónico. Tenía la seguridad de que Henry Bell fallaría los disparos, pero le necesitaba para mis planes. Las culpas recaerían sobre él. Además, no podía denunciarme, a no ser que me reconociese sin peluca y sin la cicatriz en la cara. Cuando se les escapó, me asusté...

—Y le asesinaste, ¿no es eso? —A Montgomery se le ocurrió la idea de pronto.

Jameson no supo mentir o no quiso hacerlo. Después de todo, le daba igual que le acusasen de crimen más o menos.

—Sí, le maté arrojándole por el puente, si no, él me hubiese matado a mí...

Guardaron silencio. En la habitación, sólo se oían los sollozos de la mujer.

Al cabo del rato, Taylor, dijo:

—Vístase: tiene que venir con nosotros.

Jameson se deslizó lentamente de la cama del suelo. Gruñó:

—Nunca creí que averiguarían lo de la pistola, ni que pudiera ser yo el que la puso allí. De habérmelo figurado, no me hubiesen encontrado aquí...

Los agentes especiales prefirieron guardarse su opinión al respecto.

EPÍLOGO

Hacía un día espléndido. Pocas veces se veía un día así en Salt Lake City.

Bueno, puede que el día no fuese tan espléndido como el agente especial del FBI, Alan Montgomery, se figuraba.

Cierto que lucía el sol y que apenas hacía frío. Lo único, que las circunstancias habían cambiado completamente para Montgomery de dos semanas atrás a aquellos momentos, y por eso lo veía todo con tan buenos ojos.

Aun cuando todavía llevaba el hombro escayolado, luego de haber estado un buen número de días entre la vida y la muerte, por su obstinación en no hospitalizarse hasta concluir con el caso del asesinato del patriarca de los mormones, estaba lo que se dice muy contento.

Acababa de recibir la noticia de su traslado a New York y el permiso para abandonar el hospital.

A la puerta del hospital tomó un taxi, que le condujo a las proximidades de la plaza Washington. Más de una vez, según Steven Taylor, durante las horas febriles, había mencionado un nombre de mujer: Josephine.

Iba a ver a la mujer que llevaba ese nombre.

Puede que ni siquiera se acordase ya de él. Lo cierto, en cambio, era que él no conseguía apartarla de su imaginación.

¡Ah! Allí estaba ya la casa del viejo patriarca de los mormones. Pero ¿seguiría ella allí? ¿No se habría marchado?

Un poco tembloroso, pulsó el timbre de la puerta. El pequeñajo y regordete portero salió a abrirle.

También con voz temblorosa, Montgomery preguntó:

—¿La señorita Josephine?

Pues sí, la señorita Josephine, la rubia de las formas espléndidas, seguía allí. Una verdadera suerte para él.

Y, además, más espléndida de formas que nunca, más bonita que antes.

—¿Tú? —Pareció asombrarse ella de la visita, aunque en realidad le esperaba hacía tiempo—. ¿Estás ya bien?

La que estaba bien era ella, magnífica. Montgomery la miraba embobado.

—Ven, acércate más.

Se le acercó más. Montgomery, puede que, de la fiebre de los días anteriores, tenía la boca y los labios resecos. O puede que se le resecasen por la proximidad de la chica.

El portero no se iba, y él no se atrevía a echarle. La verdad, tenía muchas cosas de que hablar con Josephine.

—¿Quieres salir a pasear conmigo? —le preguntó de pronto—. Iremos al cine.

—Me encanta el cine.

Y se le colgó del brazo.

Con ella del brazo, le parecía más radiante el sol, más hermoso el día. Hasta casi llegaba a gustarle Salt Lake City.

—¿Sabes una cosa? —comentó.

—¿El qué?

—Que me voy a New York.

Le pareció que la mano de ella temblaba en su brazo y que los ojos se le humedecían.

—¿Cuándo te vas?

—Pronto. También puede que no me vaya solo. Depende de ti.

—¿De mí?

Se pararon, el uno frente al otro, y Montgomery le hizo la pregunta que le andaba rondando por la cabeza hacía tiempo.

—¿Tienes novio?

—No, fió tengo novio. ¿Por qué me lo preguntas?

Sonrió él, volvió a cogerla del brazo, y la hizo andar nuevamente a su lado.

—En el cine te lo diré, ¿quieres?

Respondió la muchacha con un suspiro, uno de esos suspiros femeninos que quieren decir tantas cosas.

En el cine ponían una película de amores, y en el cine,

Montgomery le habló de su traslado a New York y de muchas otras cosas. Aquella tarde, seguramente contagiados por la película de amor, supo a qué sabían los labios de Josephine...

Le supieron a gloria.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICCION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



**APASIONANTES
TEMAS
PARA EL MUNDO
DE HOY**

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.